

ROSTROS Y METAMORFOSIS

WILLIAM OSWALDO LÓPEZ BURBANO

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2013**

ROSTROS Y METAMORFOSIS

WILLIAM OSWALDO LÓPEZ BURBANO

**Trabajo de Grado para optar el título
de Licenciado en Filosofía y Letras.**

Asesor:

Mg. GONZALO JIMÉNEZ MAHECHA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFIA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2013**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son
responsabilidad exclusiva de su autor.”

Artículo 1 del Acuerdo 32 de Octubre 11 de 1996, emanado por el
Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

DEDICATORIA

A ISABELA, MI HIJA

Basta con cerrar los ojos
para ir en busca de tu imagen.
Espero amarte sin temblor
hasta que la muerte,
silenciosa y fatal,
me entierre en las huella de tu arena.

Isabela, respiro hondo para no perderte,
poema angelical, cuerpo celeste.
Eres la delicada flor
que engalana la soledad
de este pájaro herido.

AGRADECIMIENTOS

A las personas que motivaron e hicieron posible el desarrollo de este trabajo.

A mi hija, por su fervoroso amor, que me alimenta todos los días para mantenerme en pie.

A mi esposa Yudi, por su firmeza y su entrega en este lazo amoroso, en este torrente de vida.

A mi padre, por sus consejos y su emotiva e imborrable forma de compartir sus penas y alegrías.

A mi madre y hermanos, por su paciencia y su amor incondicional.

A mi asesor, Gonzalo Jiménez, por su idoneidad y respeto hacia el pensamiento de sus estudiantes.

A Byron, por las ilustraciones del texto, quien, con sus trazos, registra los gestos de una agonía que se dibuja y se desdibuja en la hoja en blanco.

RESUMEN

La poesía, esa agonía sin desenlace, ese insomnio incurable... Sería irresponsable señalar con firmeza, pero con excesiva vanidad, que se domina la totalidad de lo que se dice, siente y hace. No se ha conocido al primer ser humano equilibrado y transparente, sin resquicios ni laceraciones espirituales. Ahí donde surge la intriga, el enfado, surge la pasión por las preguntas. Se va hacia el encuentro con el desacomodo, hacia un desplazamiento indescifrable y encantador que abrirá zanjas en el camino y en el devenir de la libertad. La historia, el arte, la cultura y las voluminosas páginas de la filosofía le han otorgado al ser humano una posibilidad de encuentro y desencuentro consigo mismo. La imprecisión para afinar su magia, para determinar su forma y su significancia, hace de la poesía una de las mayores expresiones de la vitalidad humana, una reflexión sin acabamiento. Este es un paisaje develado que afirma la palabra y el sentido de los seres en momentos prósperos y asfixiantes. Los matices de este texto comprenden una percepción concreta que se tiene de las vivencias acaecidas en el pasado y que ahora, sin resabios ni temores, se enuncian con toda la sinceridad del caso.

Las palabras no son sólo signos de un diálogo temporal y concluso, sino multivalores estéticos que fluyen y se diluyen, para urdir imágenes que se insertan en los imaginarios y hablan entre sí para encadenar vocablos, experiencias y efectos sobre la vida misma de los lectores u oyentes. Se ha sido consciente, en esta ardua labor de despliegues y emotivas composiciones líricas, que entregarse a la poesía es similar a un amor difícil, pero excepcional. La revelación de la poesía, inmanente en este trabajo/trayecto, es el registro de los gestos por medio de la palabra, como también la reinención de sí mismo, pues se es día y noche, un claroscuro. Una constante arremetida hacia la identidad se vislumbrará en el texto, al mostrar cómo la escritura conduce a un desierto en el que el ser humano queda desnudo de todo vestigio, siempre para volver a empezar; a aprender y errar.

Este Trabajo de Grado atiende a la urgencia por dilucidar o traducir ambivalencias de carácter poético, en las que fluctúan contextos y dilemas de carácter educativo. Esta visión potencial de la poética, inscrita en esta propuesta académica y experimental, apuesta por las vibraciones intensas e internas en el momento de acercarse a la escritura, como una irremediable apertura al contacto con otras formas de pensar, con otros modos de vivir, de existir, de contestarle al peso de la vida.

PALABRAS CLAVE:

Creación literaria, Educación, Escritura, Formación docente, Libro de versos, Poesía

ABSTRACT

Poetry, that agony without end, that incurable insomnia... It would be irresponsible to point firmly, but excessive vanity, someone dominates all of what is said, felt and done. Nobody has seen the first human being balanced and transparent, without cracks or spiritual lacerations. Wherever there is the intrigue, anger, passion comes from the questions. The poet goes to the meeting with the inadequacies, to a displacement indecipherable and charming will open ditches on the road and in the future of freedom. The history, art, culture and the voluminous pages of philosophy have given to man a chance to meet and to fail to meet up himself. The imprecision for settle its magic, to determine its form and its significance, leads poetry was one of the greatest expressions of human vitality, a reflection without finishing. This is a landscape revealed that claims the word and the sense of living in prosperous and stigling times. The nuances of this text includes a concrete perception people have of the experiences that occurred in the past and now, no bad habits or fears, set out with all the sincerity of the case.

The words are not just signs of temporal and conclusive dialogue, but aesthetic multivalued flowing and diluted, to weave images that are inserted into the imaginary and talk to each other to string words, experiences and effects on the lives of the readers or listeners. Poet has been aware, in this arduous work of deployments and emotional lyrical compositions, to surrender to poetry is similar to a tough, but exceptional, love. The revelation of the poetry, inherent in this work / way, is the record of the gestures by the word, as well as the reinvention of itself, as it is day and night, a chiaroscuro. A constant onslaught towards identity will glimpse in the text, to show how writing leads to a desert in which the human being is stripped of every vestige, always to begin again, to learn and to err.

This work addresses the urgent need to clarify or translate poetic ambivalence, in which contexts and educational dilemmas fluctuate. This potential vision of poetics, registered in the academic and experimental proposal, bets to intense and internal vibrations in the time to approach to writing, as a hopeless openness to contact with other ways of thinking, other ways of live, of existence, of answering to the weight of life.

KEYWORDS

Book of verse, Creative Writing, Education, Poetry, Teacher training, Writing.

CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	10
BIBLIOGRAFIA	38
ROSTROS Y METAMORFOSIS	42
2.1 HABITACIONES VACÍAS	45
2.2 FRAGMENTOS DE UN NOCTÁMBULO	57
2.3 RETRATOS	69
2.4 TIEMPOS DE EXILIO	84

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Distorsión	44
Figura 2. A solas con nadie	46
Figura 3. Aullidos de medianoche	58
Figura 4. Entiérrame en la arena	70
Figura 5. Construyendo un epitafio	85

PRESENTACIÓN

El poeta es, por definición, póstumo.
Comienza a vivir después de su muerte
y, cuando está vivo,
camina con un pie en la tumba.
Eso le produce una especie de cojera
que da a su aspecto cierto encanto.

Jean Cocteau

La dinámica de desenvolvimiento de este Trabajo de Grado va a tener presentes tres hilos conductores que van a abrir horizontes de expectativas sobre el papel del lenguaje poético como elemento de pensamiento, de formación y de creación: el primero de ellos va a ser la relación de la poesía como otra forma de conocer; el segundo es la relación de la poesía como recurso educativo o como devenir de la formación, y, por último, se presentará la relación de la poesía como potencial para una formación de lectores y escritores.

Al final, lo poético sigue siendo la cara oculta del mundo, un mundo etéreo pero inmanente que se manifiesta en ocasiones, trastornando los cimientos de la realidad. Acaso la poesía sea el recuento de las veces en que el mundo material y el mundo espiritual han confluído en el hombre.

Javier Raya. Sobre la forma del poema

En estos términos el lenguaje-poesía es una dimensión inabarcable, como el mundo mismo, donde el sujeto poético se “pone otros lentes” para reconstruir el sentido de su existir o de su arrojarse en el mundo, como se lo quiera ver. Este interés humano por evocar el mundo, “su mundo”, lo incita a explorar ondas, vibraciones misteriosas e intensas que se revelan a cada sacudida o a cada acontecer que se da paso: “determinadas palabras suenan para nosotros entre todas las demás, como resonancias de nuestra naturaleza más profunda”, escribió Paul Valéry¹.

Cabe destacar que el saber poético, a diferencia de un saber científico/epistemológico, crea nuevos ángulos de “realidad” que, en el mejor de los casos, se tiñen y se destiñen para escapar siempre a una definición unívoca de su encanto, de su bella fugacidad y de su fervorosa inquietud. Estas aperturas o roturas del ser poético dislocan su escritura en una confusión de imágenes que, conjugadas con el impacto de la realidad exterior, dan origen a una constelación de metáforas quebrantadas, dolientes, pero necesarias para trascender el orden y el espacio habitual de seres enajenados y vegetativos...La realidad es una esfera llena de atisbos, de intensidades, de contradicciones que, desde el punto de vista estético-poético, se crea, se destruye, se niega y se habita en la desolación del ferviente acto creativo, de su morada condenable, de su castillo en ruinas:

¹Paul Valéry. *El cementerio marino*. Bogotá: El Ancora Editores, 1993, p. 16.

Hablo de este dolor y de esta ausencia,
De tu dolor y de tu ausencia es que te hablo.
De tu pleito de anoche con tu hermano,
De tu tristeza, huérfano, de tu disgusto, enamorado
De tu esperanza, pobre, de tu ternura,
Desgraciado.
Hablo de todo lo que tiene origen
En este estar aquí desesperado.
Y hablo también de lo que no lo tiene
Y nos zozobra dentro y nos golpea
Como un pájaro ciego enajenado

ha escrito el poeta Jaime Sabines², en su poema *En medio de las risas*.

El conocer poético acepta todas las mixturas. La volatilización del poeta en el poema, como sombras y rostros que embellecen su agonía, lo nutre de fuentes embriagadoras, de un claroscuro que lo deleita para asumir sus temores en medio de las palabras y derribarse en ellas. La voz del poeta, al ser la voz del mundo, lo hinca a recrear el mundo y que el mundo lo recrease a él. Por ello, debido a los versos incluidos en este trabajo, se conserva esa feroz pero necesaria confrontación con el espíritu del poeta y con el mundo, *su mundo*.

Este trabajo se interesa en lo que el poeta calla, en sus profundidades silenciosas, en lo que hubiera podido decir en su crucifixión diaria, que lo hace héroe y mísero, con el riesgo de quedar desarmado y desnudo. Si la poesía se ve, con gratuidad, como una obra hermética y penetrable, su misterio se vuelve vil, un *caso más* para la caricia literaria. La poesía suele ser un sutil espanto de sugerencias: “No he encontrado en el edificio del pensamiento ninguna categoría sobre la que reposar mi frente. En cambio, ¡qué almohada el Caos!”, ha escrito Cioran³.

Por tanto, este trabajo es, por un lado, la expresión de una persona que, al desconocerse a sí misma, va en busca de otros acentos que le producen perplejidades respecto al mundo, lo que va a permitir que soportase la carga de la realidad; cada fatiga que violenta la realidad, poéticamente hablando. Y, por otro, es defensa de la intimidad personal, de ese silencio creador y necesario para mutar los espacios de escritura y buscar así una forma de convivir con el recuerdo, con aquella imagen violenta y violentada que adquiere la forma de la realidad interna del poeta.

Un poema fluye y se diluye. Ésta escritura, esta mixtura del ser humano, visto con el ojo de la pluma, lo ubica irremediamente en un éxtasis del vocablo, en un estupor ardiente que recorre los pasillos del deseo y la melancolía sin hallar su fin, su resplandeciente orilla.

El peso de la existencia, la agonía, el malestar, en definitiva son síntomas que acoge el poeta para devenir otro y hacer de su trazo una figura de mil figuras que se oculta y muestra, en facetas heterodoxas, soportables y cínicas. Sin este intento por enunciar descargas poéticas, violencias y raspaduras de imagen, o de habitar en un vacío, de reflexionar sobre el mundo, de escribir ficciones y máscaras para sobreexcitarse con la sensualidad del miedo, la poesía sería un cadáver que no transgrede las palabras, pues

²Jaime Sabines. *En medio de las risas* [en línea].

³Emil Cioran. *Cronopio estepario* [en línea].

los tropiezos son válidos en los inicios incautos de la poesía. Y a medida que se alza el vuelo, el poeta se mantiene en pie a pesar de quemarse en cada pregunta, descubre cuan extranjero es en su fuero interno y cuan fragmentado e inconcluso está para reinventar su rostro, dado que, al decir de Edmond Jabès, ser es interrogarse en la intermitencia que lleva a rechazar toda veracidad de un dogmatismo cerrado y atiborrado en un juego de palabras.

El ser del poeta es el ser artístico que nomina las cosas y luego las desnomina, pues considera que la incertidumbre es su propio aperitivo: “Si tengo la desfachatez de creerme en posesión de la verdad es porque nunca he amado nada sin odiarlo”, escribió Cioran⁴. Este es el arte del olvido, de dejar atrás y seguir caminando, cojeando. El dios-poeta, enseñoreado de servirse de su tiempo, entiende que es un diminuto dios porque sólo en la soledad encuentra la reflexión, la creación, una confianza muchas veces amarga, pero gratificante, que lo hace un enemigo constante de su arduo trabajo de escritura, ese mortal enemigo que extenua y que lleva a que se fuese un sí mismo, a quien se ama y concibe desde el fragor de las fragilidades, desde el origen de los vuelos, aquel del éxito y la vanidad, pero que, a su vez, se remonta sobre el mundo para engalanar la ciudad con su tajante chispa de luz y sombra:

(...) Cuando empezabas apenas a caminar, dabas los primeros pasos de siete leguas, poeta desbocado, lenguaraz, deslenguado, gigantón y desnudo, desusado, desmesurado, indomable. No cabías en mi pequeño cuarto, no cabrías en esta ciudad, tú que eres el padre de la selva,

le escribió en una carta Jaime Jaramillo Escobar a Raúl Gómez Jattin.

Esta tarea inacabada y malvada reúne el tono y el efecto de la poesía como forma otra de conocer. Así, la poesía naufraga, cultiva un paraíso perdido, el de la ausencia, el del papel en blanco que se propaga, el de la escritura del mundo que aparece y se evapora. La poesía como lenguaje, y fuera de las rúbricas y los géneros, permite que las palabras fuesen sonidos y cantos, toda una vasta y compleja sinfonía fisiológica que produce asma, desasosiego, escepticismo y ruptura con lo real, entendido como un principio convencional. Estas palabras son como el ruido de las olas que, al chocar con otras, originan nuevas ondas, nuevos choques desintegradores; lo mismo ocurre con la identidad del poeta cuando de escribir con ópticas textuales se trata, sobre la hoja de la luz, sobre la hoja de la sombra, sobre preguntas insistentes y otras ya olvidadas.

De ahí que el poeta se sometiese a una desaparición perpetua, a un morir en el papel que sirve de limbo, de asombro, de expectación: “hay pues algo que destruye mi pensamiento; algo que me impide ser lo que podría ser, pero que me deja, si puedo decirlo así, en suspenso”⁵. Y ese desaparecer implica estar siempre en presencia, entonar y alejarse de una seguridad ontológica, de una soledad creadora como acto de doble llama, de doble afirmación: afirmación de sentimiento y palabra, dos momentos del pensamiento poético.

En estas consideraciones se focaliza que poetizar es pensar, es explicar metafóricamente el mundo, al ser dueño de unas convicciones propias. Persona poética que va más allá

⁴Emil Cioran. *Los silogismos de la amargura*. Barcelona: Tusquets, 1997, p. 85.

⁵Jacques Derrida. *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989, p. 243.

del *logos* racional, de la transparencia platónica y de todo aquello que, por medio de la razón, le pueda otorgar validez a lo que se piensa y dice; es la embriaguez de la palabra que desborda al ser humano y lo metamorfosea, lo vuelve otro u otros, para asumir nuevas facciones, seguramente enlutadas, que lo invisten de forma indefinida. De suerte que el filósofo piensa verdades en un estado alterado, como lo señala Julio Goyes, aunque, más adelante, el autor, que cita a María Zambrano, dilucida:

El *logos* — palabra y razón — se escinde por la poesía, que es la palabra, sí, pero irracional. Es, en realidad, la palabra puesta al servicio de la embriaguez. Y en la embriaguez el hombre es ya otra cosa que hombre; alguien viene a habitar su cuerpo; alguien posee su mente y mueve su lengua; alguien le tiraniza. En la embriaguez el hombre duerme, ha cesado perezosamente en su desvelo y ya no se afana en su esperanza racional. No sólo se conforma con las sombras de la pared cavernaria, sino que, sobrepasando su condena, crea sombras nuevas y llega hasta a hablar de ellas y con ellas. Traiciona a la razón usando su vehículo: la palabra, para dejar que por ella hablen las sombras, para hacer de ella la forma del delirio. El poeta no quiere salvarse; vive en la condenación y, todavía más, la extiende, la ensancha, la ahonda. La poesía es, realmente, el infierno⁶.

Hablar de apertura significa develar el lenguaje de lo misterioso, pues desde que “somos un diálogo”, lo advierte muy bien Heidegger, existe esa necesidad de elevar a cantos y a pensamientos el inagotable fondo del lenguaje poético para poder oírse y garantizar así un nuevo tiempo, una fundación del ser, como un ser del habla y del pensamiento: “El hombre para Aristóteles es el ser de la palabra. (...) Que el habla articulada sea la línea que divide al hombre de las formas de vida animal, que el habla deba definir la singular eminencia del hombre sobre el silencio de la planta, y del gruñido del animal”⁷, y no solamente hablar con palabras, sino hablar con el tiempo, desarrollar el arte de relacionarse con los recuerdos, que no siempre ocurre de manera voluntaria, acotaría Virginia Woolf.

Desde épocas de antaño, todas las formas de arte han tratado de unir al ser humano con su sentido propio y auténtico de estar en el mundo. La poesía no tiene limitaciones, su *querer ser* se ancla en lo que Hegel ha llamado “la imaginación creadora”, un pensar en ideas estéticas que captan y engendran representaciones e imágenes que dan una forma expresiva y, si se quiere, dramática a las profundidades e intereses humanos. Esta presentación poética del mundo es la expresión de muchas formas léxicas que, en su inconformidad por un mundo lógico o prefabricado, cierra las brechas que comunican con preguntas siempre irresueltas, en su afán por definirse o, al contrario, terminar de entregarse al mundo en un poema para dejarse olvidar: “a los límites de la ciencia está resultando evidente que no es posible para la mente humana aferrada a conceptos responder a las grandes preguntas sobre el origen y el fin del universo, o a las del ser humano sobre su propia existencia: ¿de dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos?”⁸

Estas son preguntas que hablan de la condición incierta que vive en los seres humanos, la remoción y la conmoción de asombro necesario para entender su finitud; pero la

⁶Julio César Goyes Narváez. Poesía y filosofía: ¿Gradación de la verdad o del conocimiento? [en línea].

⁷George Steiner. *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa, 2003, p. 53.

⁸Rowena Hill. La poesía como manera de saber, [en línea].

escritura poética también se destina a ubicarse y reubicarse en intereses comunicativos y significativos, con base, dentro de lo posible, en la novedad, la originalidad y el impacto.

Así, el docente, el puente que conecta al estudiante con el continente humano, no debería limitarse a la difusión conceptual de contenidos, sino a una orientación dadivosa y amplia que le permitiera al educando arder en preguntas y arriesgarse a conocer o desconocerse; según argumenta Emil Cioran: “Sin nuestras dudas sobre nosotros mismos, nuestro escepticismo sería letra muerta, inquietud convencional, doctrina filosófica”⁹. La fecundidad artística sobresale de toda superchería de estilo; los propósitos para crear poesía intervienen en el aislamiento y la soledad como atmósfera idónea para pensar el mundo con la mirada poética: saber morar poéticamente el mundo — al decir de Hölderlin—y transar sobre el despojo, la enfermedad, los males que recalcan en otros lugares del infinito turbulento, que es pensar para destruirse, para negarse y recrear a cada momento el rostro y la voz que entra en una metamorfosis que hierde hondamente con su delicada pluma.

Este artificio estético se refiere a lo que Edmond Jabès denomina una escritura en el desierto, en la hoja ausente y replegada de caminos en los que no sólo la palabra se recoge, sino que la reconocen los gestos furibundos que avanzan entre las escaramuzas de la nada, donde el texto fuese su silencio y su grito, el trazo de una escritura ambigua plena de horizontes de expectativas y de alientos mezclados con la palabra que se derriba, que se muere en cada vocablo, en esa extravagante y aventurera apertura eterna que debe conservar el escritor-poeta:

La experiencia del desierto fue, para mí, predominante. Entre el cielo y la arena, entre el Todo y la Nada, la pregunta es quemante. Arde y no se consume. Arde por sí misma en el vacío. La experiencia del desierto es también la escucha, la extrema escucha. No solamente se oye lo que en ninguna otra parte se oiría, el verdadero silencio cruel y doloroso, porque incluso pareciera reprocharle al corazón sus latidos; sino, igual, cuando por ejemplo está uno acostado sobre la arena y sucede que, de pronto, un ruido insólito nos intriga; un ruido como el de un paso humano o de un animal, más cercano a cada instante, o que se aleja o parece alejarse, que sigue de largo. Después de un buen momento, si uno se encuentra en esa dirección, surge del horizonte el hombre o el animal que nuestro oído nos había anunciado. El nómada ya habrá identificado a esa “cosa viviente” antes de verla; inmediatamente después de que el oído la haya percibido. Porque el desierto es su lugar natural.¹⁰

Existe un espacio para encontrar esa palabra que registre el gesto, que es la soledad, la intimidad del silencio, que desplaza del común actuar y pensar ya que se crea “algo” nuevo, no sólo en las palabras, sino también en cada ser. Si el toque de la escritura, su toque, viene a retirar de una habitualidad, para pintar en el anonimato, como un aparte extraño a cada sí mismo, pues qué mejor que la poesía-mundo para evaporar y cambiar de estado en un nuevo puesto, dispuesto para partir: “(...) pues las palabras son portadoras y generadoras de ideas. Mágicas portadoras de espejismos, no solo transmiten ideas y cosas, sino que ellas se metamorfosean y se metabolizan entre sí; el

⁹Emil Cioran, *Silogismos de la amargura*, *Op. cit.*, [en línea].

¹⁰Edmond Jabès. La transparencia escrita, [en línea].

lenguaje piensa, nos piensa y piensa por nosotros, también ahí existe un intercambio, que puede ser simbólico”, señala Jean Baudrillard, en su texto *Contraseñas*¹¹.

Adviene algo extraño, un contacto extraño con el cuerpo hecho letra, una letra hecha cuerpo. Escribir es dirigirse a lo que a cada uno lo hace extraño, a esa envolvente marea turbia y silenciosa que nunca se dice ni se termina por narrar con drama... Poesía es esa aventura que acaricia las desilusiones y no deja que el tiempo envejezca su risa, su llanto subterráneo: “Y otra agua lúgubre gime oculta en el misterio de una casa sorda, y la ánima de un pájaro rojo y loco, loco y tenebroso, tenebroso y sonoro, sonoro y monótono, y el pájaro se llama triste y tierno”, ha escrito Juan de Alba, citado por Fernando Vallejo¹².

Este texto poético no tendrá recato en el sarcasmo ni en la soledad hiriente que atraviesa y fulmina la estabilidad del tiempo en el vaivén cambiante del *compás* que fundamenta la existencia en el mundo. Cuando la realidad histórica ya no puede sostenerse, aunque aparentase solidez funcional, el sarcasmo, el ingenio, la acidez de la palabra cuando se hace patente, o el arte en su sentido amplio, se desnuda de viejos anaqueles y denuncia el disimulado orden mediocre. Se habla aquí de una escritura donde el poeta se pierde en la intrincada selva de significantes y rebasa su egocentrismo (humanismo) como punto de partida y llegada. Interesa transfigurar las formas estables del “yo poético” proyectadas hacia rostros y lógicas que difieren del individuo soberano y personal del conocimiento, para ser reemplazado, en su noción epistémica, fenomenológica, filosófica y cultural occidental, por la trans-individualidad, *el afuera* (según Michel Foucault), es decir, como la perspectiva de otros, alimenta una(s) personalidad(es) y es capaz de vislumbrar lo que no se puede determinar...

Es el acontecimiento poético como una interrupción, un corte o una cirugía epiléptica que desvía el absolutismo, el humanismo, el centro, el eje de toda composición que se teje en la occidental relación sujeto/objeto que domina herméticamente las fuerzas o los circuitos del saber. Las vicisitudes de la dictadura de la palabra, y la tecnología que se hace de ella, han llevado a que algunos renunciaran a ella, a la imaginación como equilibrio estético entre raciocinio y subjetividad, donde se le augurase a la poesía como un arma cargada de futuro, que se lee entre líneas chispeantes y traviesas en la necesidad obsesiva de cantar palabras y sombras, ensancharse en ellas, encogerse, repudiarse, envolverse y fundirse, que se deslizan en una relación del poeta con su mundo, lo que permitiría que la distancia entre el arte y el mundo no fuese una distancia epistemológica donde reinase la ego-logía, sino un apremiante compromiso con la cultura y la educación que se desplegase en la heterogeneidad simbólica, en los imaginarios culturales y en las geografías estéticas de los pueblos, donde se reconocen unos a otros y se figuran y configuran los sentidos de existencia perpetuamente: “El mundo externo existe únicamente en función del drama personal, como proyección de la subjetividad”, ha escrito Ernesto Sábato¹³. El miedo, las catalepsias, son una propia torre de marfil que prevalece en la insoslayable curación de la bipolaridad diaria...

¹¹Jean Baudrillard. *Contraseñas*. (Barcelona: Anagrama, 2000, p. 9), [en línea].

¹²Fernando Vallejo. *Barba Jacob el mensajero* (Bogotá: Alfaguara, 2008, p. 8), [en línea].

¹³Ernesto Sábato. *El escritor y sus fantasmas*. Barcelona: Seix Barral, 1991, p. 30.

Esa permanencia establece o funda un nuevo tiempo, un tiempo poético que potencia la falta de vigor, de visión honda y delicada en una relación con la taquicardia del tiempo condicionante, del tiempo que vuelve a los individuos sumisos, carentes de expectación y ficción. Esa angustia para adentrarse en la escritura, pues si cada quien fuese infinito sabría que en algún momento todo se solucionaría, se despejaría y las respuestas arrojarían luces sobre una vida estable. Pero esta angustia sólo se percibe cuando el pensamiento que ofrece la poesía se muestra carente de certezas.

La poesía moderna se caracteriza por reunir en un mismo texto, en una misma lectura, contradicciones que hacen parte de un foco poético particular, así como las contradicciones, en vez de oponerse, se funden, se contrastan, caen muchas veces, para crear bellezas diferentes, en un mundo diverso y escéptico, crujiente, resultado de una lectura del mundo filosófica, que incita a estar-en-el-mundo y a percibirlo en un entorno socio-cultural cambiante, atiborrado de vestimentas, de modas, de modos de vida; Virginia Woolf ha escrito: “Toda sociedad es un intento de atrapar, influir y coaccionar los pensamientos a medida que surgen y de obligarlos a generar nuevos pensamientos”¹⁴, hasta cuando los consumidores dejan entrever su desinterés no sólo por la educación, el arte, la cultura, la poesía, sino que entre tanta saturación comercial y virtual, la psiquis humana sólo retiene lo poco que la cautiva, y el resto del flujo comunicativo proveniente de todos lados pierde sentido.

De todas maneras, la escuela ha acostumbrado a enseñar poesía de memoria, la rima, la métrica, pero no se enseña a apreciarla, a arraigarla en la voz, en la cotidianidad, para permitir que la poesía impregnase al alumno, lo afectase con su llanto, su algarabía, su silencio y calcinase su vida en una forma estética de expresarse; el derecho a decir no, a ser diferente y a respetar la otredad, pues lo poético permite ese privilegio oculto de interactuar y comunicarse con un mundo que reúne todos los contrastes posibles, donde es admisible confundir la maldad con la bondad en una misma cosa.

En este punto, la escritura se aborda como una fluctuación verbal en la que la belleza también suele ser *multívoca*: nauseabunda e interesante, poderosa e imperceptible; un perfume francés o un pantano. Toda una sobreabundancia espiritual; ha escrito Arthur Rimbaud¹⁵:

La tormenta te ha hecho poesía suprema;
El inmenso bullicio de las fuerzas te alienta;
Tu obra hierve, la muerte ruge. ¡Ciudad ungida!
Amontona estridencias en el hondo clarín.

Esto se refiere al talante del poema, es decir, a su necesidad de establecer una conexión que brindase posibilidades orientadas hacia una solución a la ansiedad humana, a la inquietud por el mundo que se conoce cuando se nombran las cosas, cuando se hace lenguaje, cuando se escribe texto poético, cuando la prosa es verdadera: el tacto de escritura, o *excritura*, que acaricia y golpea verbalmente la desgarradura para transportar y deportar y dejar, así, un pensamiento herido que descentraliza la identidad de cada uno, para saciarse como unos desconocidos, extranjeros, lejanos e impersonales en una

¹⁴Virginia Woolf. La estrecha línea fronteriza entre filosofía y literatura, [en línea].

¹⁵Arthur Rimbaud. La orgía parisina o París vuelve a poblarse, [en línea].

tierra de nadie, que es la poesía: ella no es un nombre, ni una forma, nadie la puede encontrar ni conquistar. La poesía, como una tierra de nadie, donde solo descansa el silencio, el desierto o la blancura del texto, antes de perder el aliento y de borrarse en el horizonte como rostros invisibles, como meras promesas. Así es la poesía, amiga y enemiga; el contraste perfecto entre el vacío y el suspenso que incita a inquietantes prácticas; al decir de Fernando Vallejo: “Ese mirar del joven fascinado, desde el borde hacia el fondo del abismo, arriesgándose a caer”¹⁶.

Por ello, se destaca que la poesía comprende a la escritura como primer paso, como segundo y, posteriormente, el intercambio de percepciones, que da cabida a una alteración de signos indispensable, que se expanden cada vez más y se acogen a nuevas manos y nuevas voces. Este universo en expansión siempre desconocido, siempre indisoluble, ensanchado y atento a que el mundo espiritual y material de los seres humanos se encontrasen y desencontrasen, para generar trazos que saltasen de ausencia en ausencia y buscasen lo imposible y la magia, como dos condiciones presentes en el ser humano y en la cultura: la relación con aquello que no se puede entender y que dice mucho de la vulnerabilidad y la finitud patética (lo trascendental): “Al final, lo poético sigue siendo la cara oculta del mundo, un mundo etéreo pero inmanente que se manifiesta en ocasiones, trastornando los cimientos de la realidad. Acaso la poesía sea el recuento de las veces en que el mundo material y el mundo espiritual han confluído en el hombre”, ha señalado Carlos Fong¹⁷.

Así, la labor de producción poética se preocupa por exteriorizar problemas, para que los salones de clases no fuesen una reunión de seres anónimos sin alma, para restaurar la importancia espiritual y creativa como recurso de formación, de amor al conocimiento, de filósofos que se retratasen en cada debate, que dejarasen algo de sí mismos y que sus expectativas como seres humanos fuesen una posibilidad de realización y no un paradigma que renunciara a toda iniciativa personal. Esta realización se teje a través de una reflexión crítica, dialógica y creativa, que tiene en cuenta la enseñanza de la poesía como un recurrente recurso educativo que ensalza los espíritus para pensar diferente, para desdoblarse en preguntas, pues, para la poesía tanto como para la filosofía, la pregunta lo es todo, lo abarca todo, genera modos; escribe y borra el mundo, para perfilarlo de nuevo con vivaces o gélidos matices.

Esto acontece cuando el mismo lenguaje infringe los límites y temporalidades del discurso, para tornarse imagen intraducible, que no puede asirse, sólo sentir su impacto, su efecto, su perplejidad sin tiempo. Estos componentes son esenciales para comprender la entrada de las personas a zonas ambivalentes, en la constante apertura de su existencia y su con-vivencia con lo otro como nutriente de su imaginación, donde lo que se dice también calla para dejarse escuchar: “Tanto en el soliloquio como en el diálogo, hablar es oírse”, ha escrito Derrida¹⁸ en *La escritura y la diferencia*. La poesía, como lenguaje que da testimonio del existir del ser humano, que es consigna de su ser en el mundo, permitiría, entonces, abrir zanjas y desarmar la seguridad que el temblor de la palabra

¹⁶Fernando Vallejo, *Barba Jacob el mensajero*, *Op. cit.*, p. 13

¹⁷Carlos Fong. Poesía y educación: de lo prodigioso en la poesía, [en línea].

¹⁸Jacques Derrida. La palabra soplada, [en línea].

entrega, en un jardín de flores que engalanan la fugacidad de la mirada, como superficie en constante aparición y desaparición.

En esta forma, se asiste al desvanecimiento de la palabra que, cuanto más fugaz, es más enigmática y bella, pues muere en el viento y escapa de posibles designaciones. Se invita a la expresión de la palabra poética, que canta y se hace otras voces y juega a ser otros, que seduce al no tocarse por completo, al velarse y estallar en una lluvia de gestos, donde lo insólito es una senda que extravía las prevenciones, cubre de niebla las coordenadas y hace saltar al aventurero a un hervidero de deseos para sentirse más airoso, más libre y más extraño en el mundo. La escritura describe, con todos sus infortunios y satisfacciones, una especie de irrealidad y figuras de un territorio fantasmal, producto de un ser humano enloquecido por la soledad, por el drama de sus proyecciones artísticas. Es muy natural pensar que este ser humano, cansado de modos de expresión vueltos clichés, terminase por trasgredir su propia identidad, las palabras, para desbautizar, así, el orden convencional de las cosas, incendiar su canónico sentido y fundar una nueva fe, donde se hundirán sus credulidades. El destino del poeta se encamina a ese modelo final: el de escribir en el desierto.

Este sabor agridulce, estos contrastes, las contradicciones posibles que se conjugan en forma pavorosa, oscilan incansablemente en el reino *extranjero* de la poesía como: “el vacío y el suceso puro”, según la expresión de Valéry. Estos aconteceres hablan del poeta como de alguien que se sabe incompleto y atraído por potencias vitales que se filtran por nuevos ecos provenientes de la reinención de la palabra, atizada en la abierta y tremebunda relación con la diferencia, que permite a su vez maniobrar sobre su ocultamiento que, en su poder de invocación, se presenta como un juego y una renuncia a su captación, palabra también que se integra a la fugacidad y se desintegra en una diáspora. Ese es el horizonte del poeta, que se aleja cada vez más de sus orillas; en un nado sin orillas perpetra el miedo para cruzar trabas y murallas, pues el poeta, al haber perdido la seguridad de quien es, se precipita a nuevas y exóticas bellezas.

Una característica del ser humano contemporáneo es su constante disolución espiritual, la tétrica pérdida de una convivencia plácida, un hombre atiborrado por el tiempo y por los resultados cuantitativos, que sabe muy bien que el mundo de hoy parece ser el simulacro de la felicidad. Así, impulsa Cioran contra esta era del escepticismo y la indecisión. Cuando el pensamiento y las obsesiones poéticas se traslucen en sentimientos de pérdida o carencia, el poeta puede tratar de concordar con sus propios abismos y con la realidad que llega de afuera. Este movimiento le permite jugar y conjugar con aquello que se ubica en su alma y no puede entender y relacionarlo con algún elemento externo para que, así, pudiera llegar el símbolo, el signo: su irremediable virus de escritura...

Por eso la poesía es una aventura muchas veces melancólica que intenta seducir a las palabras hasta que explotan en el silencio, en la soledad, en una humilde muerte, donde el lenguaje quiebra sus fronteras, la conciencia se pierde al igual que la noción del tiempo. Es la labor del poeta, una expresión poética medida en eternidades hasta cuando el llamado fuese un rumor, un esquema más del racionalismo imperante que rige a los fantasmas cándidos de un mundo repetitivo, calculador y absurdo.

¿Tantos años de civilización de que han servido? ¿De qué ha servido este *homo sapiens* paralítico? ¿Por qué tanto desconocimiento de sí mismo, tanta enfermedad que por

doquier salpica con su ceguera? Si Gauguin dijo que la civilización es la enfermedad, no resulta equivocado decir que la poesía, el arte, se traza, se perfila, se escribe desde todas las enfermedades, desde los síntomas, desde ese delicioso acto de provocar al desprevenido. Esta seducción furtiva, inocente, permite que el poeta habitase en el poema, como señala Octavio Paz, pero también que el poeta jugase con ficciones, fuese quien se desposase con la multitud, se empañase de mentiras, de hastíos, de excitaciones y sobreabundancias del espíritu, que le otorgasen el derecho gratuito de ser otros, de ser los gestos traducidos en palabras.

Cuando se escribe, es delicioso no ser uno mismo, sino aleatorio a toda la creación a la que se alude. Por ejemplo, hombre y mujer a la vez, gloria y decepción, una llama doble que circunda la cabeza atormentada del acto creador. Vale decir que la poesía es la vida que se ve en los ojos de los demás, en los ojos de los árboles, en los ojos nocturnos y traviosos, en los ojos del tacto que hace “ver” el calor o el frío de una caricia, la huella o su dispersión, el oído que va en busca del recuerdo que todavía suena en el aleteo de los pájaros heridos. Son esos, los propósitos de embeleso o embellecimiento del acontecer poético como fuerza vital.

Esta disposición trata de avanzar más allá de la monarquía del significante, aduciría Michel Foucault, superar esa formación regular y homogénea que integra las condiciones que “deben” hacer posibles las palabras, los enunciados, las formas, los imaginarios, la voluntad, las representaciones y los discursos pertenecientes a eslabones de autoridades definidos; son las prohibiciones que cancelan el otro lado del discurso, es decir, ese vasto campo que se reinicia, un discurso ilimitado y silencioso, reprimido o rechazado, no dicho o impensado. Muchas veces esta exclusión es el peligroso implante que instiga al individuo a entrar en los “juegos de la verdad”, en los procesos de autoconstitución subjetiva como experiencias coercitivas-pedagógicas concretas para un actual *culto a la verdad*, esa cruel y encarnizada insistencia en los hechos tangibles que arrojan resultados conductistas, sin que se comprometiese a la persona, la conciencia y la cultura del educando.

Se está ante la presencia desagradable de una “nueva objetividad” que se abre camino en su inevitable mismidad. A los tiempos de hoy, en lo que concierne al campo de la educación, los tipifica el paradigma del objeto del consumo, del cuerpo como el recipiente ideológico del fanatismo y la paranoia, de los *snoobs* y los enredos. Todo este mundo del fetiche y la perversión ha hecho del cuerpo en formación una servil tecnología de la crueldad, *cuerpos para otros*, una descarada enajenación educativa y económica, donde reina el imperio de lo efímero, de Gilles Lipovetsky. Esta enajenación de enormes proporciones ha cumplido con el “olvido del ser”, pues lo ha vuelto sólo ente pasivo, en estado de caída sin fin, lo que se traduce como el placer y el dolor de estar vivos, la existencia en el tiempo que adquiere sentido cuando el poeta, como lo arguye Rimbaud, le deja algo al mundo todos los días, se entrega al juego doloroso de fluctuar entre contradicciones, entre la vida misma, tan inestable.

Con esta escritura poética se trata, sin vanidad, de patentizar que la poesía se hace de otras voces, otros ecos y otros gestos: *yo soy los otros*. Por ello la poesía reclama con insistencia nuevas voces, discursos que generasen más que imperativos o lógicas disciplinarias encajadas en clichés; busca desplazar el método único de pensar poéticamente el mundo, por el acontecimiento y el deseo, pero en un discurso que no

rechazase, que fuese una constelación indeterminada que no sucumbiese ante el discurso *monocromático*, el del poder del que cada quien quiere apropiarse, sea cual fuese el ritual de la circunstancia, pues se debe, según lo diría Hegel en su momento, “no confundir el poder con la verdad”.

La verdad poética que aquí se resalta es la verdad de un ser humano que, en su patética finitud, expresa una impotencia sublime que lo arrastra inexorablemente a su fin, a su fosa común. Y así es la poesía, un caleidoscopio dotado de ojos, de una conciencia estética con cierto arreglo de honestidad bestial que, ante su aspecto de denuncia de un mundo prefabricado y cosificado, le da al poeta, a la poesía, “otro mundo” en sus manos, para que lo trazase en sendas extranjeras, que precisasen vivencias fragmentarias, como si se tratara de luces intermitentes que lo agolparan mientras escribe.

El mundo del poeta, aquí proscrito dentro de las márgenes del libro de versos, colinda con espejismos, en la búsqueda de una “identidad”, que se verá siempre sometida a los albores de una amenaza latente: la constante desaparición de su yoidad. Esta dislocación hace posible la experiencia con lo imposible: que la escritura poética terminase, encontrase su forma fija y afinada, y que se alienase sin imaginación, en una muerte anticipada: “Indagar al hombre disgregado desde el “yo poético” recurre a instrumentos que le permitan su convulsiva y voluptuosa subjetividad, empleando, en ocasiones, un microscopio o un aeroplano”, ha escrito Sábato¹⁹, lo que quiere decir que el pensamiento poético se disgrega para adquirir esa extraña, sensual y melancólica forma de un poema, que se vierte en el viento y se pierde para siempre. El poeta nunca se encuentra, ni se halla estable, es él mismo una taquicardia a la que se le deporta su palabra ardiente, en un mundo escéptico dominado por el desconcierto y la falta de sensibilidad, la falta de un delicado tejido artístico que acariciase los plumajes del mundo que le ha tocado habitar.

Estos movimientos de la palabra poética se desvían o desvirtúan de lo común y corriente, donde cada tejido de sentido se hace insustituible, donde se hace sentir la *isopatía* en el poema; como lo arguye Jean Cohen, deja extraño al lector, ajeno a sí mismo en su posibilidad de cambiar los términos del poema o de determinar una univocidad semántica que definiera a la poesía, ya que el texto es un abanico que se escapa, transa, atraviesa, cala, hinca sus dientes afilados sobre momentos insospechables e insospechados de la lengua que circula con resabios, sin transparencias, que tiembla a cada paso, a cada bandazo que resiste, para no dejarse dominar por hegemonías de ninguna índole, ya que el ser del ser humano, como se decía anteriormente, a los ojos de Heidegger, se encumbra en el lenguaje, en su capacidad para generar mundo y existencia, con la salvedad de que el habla es múltiple y está en todos los rincones de ese ser como condición vital de su historia, de su temporalidad, de su discurso, pues lo que él dice, o nombra, siempre se transmite al ser, a lo abierto, a lo des-velado que está siempre por decirse en cualquier espacio donde el lenguaje habitase y condensase cultura(s), filosofía(s). Cuando el individuo, el ser, se abre cada vez más al mundo, a la existencia, corre el riesgo de que lo modificasen los espacios que habita y lo violentasen

¹⁹Ernesto Sábato, *Op. cit.*, p. 22.

en su integridad, moderasen cada vez más su ser, y alterasen, creasen otros órdenes y otros espacios; sería, según las palabras de Michel Foucault: “la muerte del sujeto”.

Así se da a entender que, más allá de ver en el lenguaje poético una equivalencia semántica, dado que en la poesía no existen “sinónimos ni traducciones fieles”, como lo sostiene Jean Cohen, el lenguaje poético subvierte algún orden específico que hiciese alarde de una poética en constante equilibrio lingüístico, es decir, de una palabra que significase lo mismo para cada ámbito o cada lector. Ni siervos del lenguaje, ni una poesía encadenada, pues existen lugares donde el lenguaje se contrasta entre la academia y lo que Jakobson denomina “lengua del instante” o habla cotidiana. Una poesía que escapase a la regla impuesta, pero que fuese fiel a sus determinaciones o certezas comunicativas y significativas, que motivase, así, su especificidad como lenguaje y como mundo poético, por más frugal o escandaloso que fuese: “Al mirar la belleza exterior del mundo con atención, asombro y goce, anuncia cuál será la maravilla de su visión cuando las cosas se le revelen en su más esencial significado”²⁰.

La poesía, como forma de conocer, es un factor decisivo y un compromiso vital, no sólo como herramienta académica, sino como fortalecimiento de la integridad humana, pero su misterio no se reduce al aspecto unitario, ya que por momentos la poesía se disgrega, pero también comunica. Esta mixtura apasionante engendra el laberinto de la poesía: ni logocentrismo austero, ni un mero frenesí arbitrario: “No obstante, es posible establecer lazos dinámicos, dialógicos y creativos entre el pensamiento y el poema, entre la metáfora y el concepto, entre la realidad y el placer, entre las razones y los sueños”, ha escrito Julio César Goyes²¹; de ahí la importancia de entender esa fiebre del poeta por lo desconocido, lo tormentoso, por sus rostros deformados, por lo no-dicho (según Heidegger), por las fuerzas expresivas que llaman, invocan, o metabolizan las ideas, las metamorfosean, como había dicho Baudrillard.

Se rastrea en un texto la expresión de un mundo singular, la manifestación de una conciencia histórica y estética personal. Sin embargo, para entender cómo el lenguaje de la poesía permite conectarse con el lector, a partir de un vínculo dialógico-discursivo con el texto poético, se debe analizar la función del poema como acción comunicativa y significativa, donde el interlocutor, como lo indica Gustavo Osorio de Ita, se conmueve ante el pensamiento del *yo lírico*, que lo frota, lo roza y lo hace partícipe de esa correlación perceptiva y estética con el mundo del poeta. Así, Osorio de Ita, que cita a Eliot, afirma: “La poesía lleva a cabo esas revoluciones de la sensibilidad que son periódicamente necesarias, ayuda a romper los modos convencionales de percepción y valoración que sin cesar se forman: de tiempo en tiempo puede hacernos un poco más conscientes de los profundos e innominados sentimientos que forman el sustrato de nuestro ser y hasta los cuales calamos raramente, pues nuestras vidas son una continua evasión de nosotros mismos y una evasión del mundo visible y sensible”²². Y cuando se habla de verdad poética o certidumbre poética, se lo refiere no en sentido epistémico, claro está, sino en que, de nuevo según Osorio de Ita, “es certera en su comunicación”.

²⁰Jaime Jaramillo Escobar. *Método fácil y rápido para ser poeta*, [en línea].

²¹Julio César Goyes Narváez, *art. cit.*, [en línea].

²²Gustavo Osorio de Ita. *La certidumbre en la poesía*, [en línea].

Al hablar en términos de re-significar el sentido de lo poético de las cosas, las imágenes y las metáforas las cambian irremediamente a nuevas posiciones, porque llevan a asumir el peligro, a destrozarse entre signos interminables. También se focaliza una escritura poética que pensase en individuos con mentalidad fuera de los mecanismos de represión, fuera de la homogeneización de la palabra y la conducta, o del *capitalismo cognitivo* que los acorrala, los sujeta y los interpreta a sí mismos, en los vejámenes de una lógica de mercado y de mercancía donde el pensamiento y la información se hacen fútiles, cándidos, cínicamente leves. Este antecedente marca la tendencia del porqué los más jóvenes olvidan rápido y disfrutan de una fugacidad, de un utilitarismo o pragmatismo del instante, donde los proyectos a largo plazo forman parte de un horizonte de nulidad.

Este trabajo de investigación-creación también se formula dentro de las consideraciones educativas que se pueden vislumbrar en el acto de este ejercicio de creación poética. La formación del ser humano hoy en día no encuentra un diagnóstico que permita estudiar las condiciones que posibilitan el surgimiento de una forma de enseñanza que produjese, en vez de reproducir, códigos de vida y de percepción, que el alumno debería descifrar para reconocer que su educación tiene que ver con decidir con autonomía, y no con heteronomía (o dependencia de los demás).

La construcción educativa suele ser también destructiva, en el sentido de pensar en una comunidad educativa que no homogenizase al estudiante, sino que le permitiera acceder a los elementos de reconocer el conflicto: enseñar es enseñar a dudar y a problematizar, y no a ahorrar la angustia de aprender y de pensar. Para el sistema económico, preguntar es un tumulto panfletario e idílico que amenaza con desestabilizar los aparatos ideológicos que fluyen desde propósitos políticos concretos. Hoy en día, la lógica del mercado busca irreversiblemente el *ideal de producción*, de saberes, de técnicas, de relaciones económicas, producir y reproducir incansablemente, pero estas vejaciones apuntadas hacia la formación del individuo muestran unas consecuencias de carácter nefasto: las aulas se saturan de información que poco o nada tiene que ver con las necesidades básicas de los estudiantes. Entre la lógica de la academia y la lógica de vida del estudiante, suele haber una vigente disparidad de fondo. El conocimiento es un deseo, una carencia, un dolor: “Proclamamos en calidad de «expertos» lo que se debe, incluso pontificamos sobre lo bueno, lo recto, lo justo y lo bello. Mas ¿aquello que decimos saber no es justamente un creer, una búsqueda, un deseo? Algo nos falta... He ahí el dilema. «Ser profesor» para mí consiste en desear con todas las ganas del mundo, porque nunca es suficiente y siempre seremos incompletos”, ha escrito Fabián Sanabria²³.

Se está haciendo de las aulas y los pizarrones unos utensilios abstractos que carecen de sentido pragmático. Los docentes incluyen y exponen datos históricos, escritores principales, el *Quijote*, *Cien años de soledad*, sin el más mínimo análisis fáctico del lenguaje; es decir, permitir que la enseñanza fuese una apropiación e interpretación del lenguaje de la vida diaria, y no una enajenación discursiva donde sólo el profesor, como genuino especializado para impartir “justicia”, comunica su pensamiento.

²³Fabián Sanabria. *¿Profesor?* Bogotá: Taller de edición Rocca, 2013, p. 13.

¿Cómo saber que el estudiante también comunica? El tiempo y el espacio del estudiante es el tiempo-espacio del docente que, en su afán de consumir un ciclo pedagógico, un pensum escolar, termina por olvidar variables ocultas dentro de la educación, pues educar no es sino alimentar perspectivas, expectativas y deseos, lo que constituye un flujo que recorre las venas de la formación humana. Mientras se siguiese creyendo que educar es llenar vacíos institucionales, la educación va a olvidar que está tratando con seres humanos, volátiles, con modismos idiomáticos extravagantes, como los oídos en la actualidad y que escapan a la traducción del docente. Si se tiene en cuenta esto, la educación, como forjadora de nuevos diálogos, abriría un lenguaje variable en el que el estudiante se reconociera como individuo singular, como el eje de su propia existencia, y no como una cifra, un dato que engrana con perfección en una educación bancaria (al decir de Paulo Freire).

Este problema incluye desgastes de parte y parte: el del estudiante, por saber que cada teoría, cada postulado implica un conflicto en el que se debe profundizar, pues sólo así se apropiará del saber, lo amará o lo repudiará; y el del docente, el de no ahorrar a sus estudiantes la angustia de pensar por sí mismos, de *problematizar* el pensamiento. Así, los estudiantes, a través de la fuente de canalización de su profesor, leerán la realidad con zozobra, con inquietud y desarrollarán una acción negadora, destructiva y creadora de sus linderos singulares. De esta forma se confirma que el sujeto sólo “se sabe carente” cuando es capaz de interpretar sus vastas complejidades.

En relación con la lectura y la educación, la angustia de leer, que propone Maurice Blanchot²⁴, implica que cualquier texto se volviese un desafío, un hielo delgado que no se puede entender si no se está preparado para cruzarlo, para saltarlo. No basta con un aprendizaje cognitivo para gradualmente llegar a un conocimiento significativo que impregnase la vida escolar, cultural y personal del estudiante. La pieza que falta en el devenir educativo es el desarrollo de capacidades humanas y éticas. Se diría, entonces, que la enseñanza de la poesía conecta a los seres con esferas cognitivas y afectivas dentro de los planos que facultan a los estudiantes para desarrollar habilidades comunicativas con el otro, y consigo mismo, para que conversase y escuchase sus inconformidades. Este sentido ético y estético de la educación proporcionaría una percepción del entorno en que vive el estudiante para que pudiera vislumbrar mejor la interacción y afectación que tiene con/por la realidad externa.

En la inmensa mayoría de las instituciones educativas, estos dilemas poco se plantean, quizás porque el control y la disciplina forman individuos aislados de sus realizaciones humanas y escindidos cada vez más de su toma de decisiones; por su parte, la intimidación hace lo suyo. Una silueta preponderante se ubica sobre los alumnos para confirmar roles: quien manda y quien obedece. Esta dialéctica se ensaña sobre formas de aprendizaje raídas. Entonces, ¿cómo utilizar fuentes de motivación, en una educación que se produce a sí misma y la reforman los mismos? La poesía, al ser un torrente de vida, extendería su poder de convocatoria, si los gobiernos no introdujeran en la escolaridad su ideología, su mecanismo de expansión. Sólo así se dejaría ver el rompecabezas armado: aprender a aprender nuevas competencias.

²⁴Maurice Blanchot. *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990, p. 17.

El docente que respetase las búsquedas de sus alumnos va a tener claridad respecto a que su ejercicio pedagógico va a estar ligado a la duda, al intercambio subjetivo/objetivo. Todavía se inscriben, a estas miradas, que enseñar literatura, filosofía, es llevar de la mano a los estudiantes por un museo de nombres que, tarde o temprano, no va a representar nada para ellos, sino un laberinto al que no le hallan gusto y, algo peor aún, que no va a tener ninguna repercusión en sus vidas; verán que todo en la escuela es vano y no alimenta sus propósitos, que están ahí para cumplir con una dictadura irreversible: el docente va a cumplir con una obligación laboral y el educando con una obligación familiar. Entonces, ¿cómo salir de este atolladero?

La introducción de la poesía en la educación pone y dispone de un espacio diferente que interviniese en las aulas, pero que las trascendiera, que generase impacto y consecuencias en la vida, en los devaneos diarios de cada cual, en los momentos cuando el estudiante calla. No hay nada más criminal que una enseñanza abstracta, plana, sin brotes de problemáticas. Enseñar es enseñar a pensar, a dudar, a jugar, a hacer pliegues, incluso a difundir lo que no se cree útil. ¿Acaso es más frívolo, más fácil para el docente evitar que los estudiantes piensen? Piénsese, pues, en estas cadenas invisibles.

Un profesor que enseñase filosofía o poesía y no escribiera es un *impostor* a largo plazo, un docente despoetizado que no se encauza en una laboriosa tarea: la de ayudar a escribir, a leer, pues él también tiene los *sentidos en un estado de ceguera*. Esta confusión general da atisbos de una lejanía, de una dispersión de voluntades entre quien enseña y el enseñado (o *domesticado*):

Enseñar la poesía debería equivaler a enseñar sobre la vida: belleza, fealdad, muerte, valores, guerras, sequías, etc. Al hacerla árida y demasiado académica (hablando de prosodia, etc.), los estudiantes la suelen rechazar. Será mucho más gratificante si enseñar la poesía significa enseñar a sentir y a entender la forma como otros sienten y viven y la manera de crear un equilibrio entre el sinnúmero de sentimientos que nos rodea²⁵.

La poesía, como recurso educativo, introduce elementos sorprendentes, que activan en los estudiantes un acceso de diversa índole, con la tolerancia por la multiculturalidad y por el misterio literario orientado a conocer vivencias aún no mencionadas, pero que la lengua, en su infinita variación, fomenta para la creatividad, incluye en procesos que las figuran y configuran como resultados de seres libres. Es menester que la proyección educativa de este trabajo de producción poética no olvidase el marco de una educación integral, donde academia y afectividad fuesen la amalgama, en el momento de escudriñar las fuentes cavernosas del ser humano para intentar entender lo inentendible, y que al hacer hincapié en la poesía, *el arte de la educación* fuese un flujo de ideas que recorriera todos los circuitos de la vida, ya fuesen de carácter académico o no. Esta es la relevancia e impacto de la poesía como acción comunicativa y como vehículo social.

Cuando se trata de la educación, nada mejor que la poesía para dar a entender que el lenguaje no es únicamente un sistema en equilibrio representado por una lengua determinada, sino una dimensión variable donde se contacta una diversidad de sociolectos que constituyen historias y aprovechan sus decepciones para hacerlas fructificar y entrar así en el dominio sofocante de la poesía, amiga de los abismos

²⁵Richard W. Halperin. (coord.). Leer y escribir la poesía [en línea].

humanos. Muchas veces la formación se ocupa de la construcción académica y olvida la esfera afectiva y humana, donde el educando pudiese entrar en contacto con otras éticas, con otros modos de sentir, pensar y actuar; da paso sólo a una deliberada intención educativa de transmitir y comunicar una certidumbre que pretende llegar al otro a partir de una estructura comunicativa que él descodifica y aclara, para entender la transmisión del mensaje; pero estos dialogismos deben siempre poner en tela de juicio toda postura, es decir, escuchar al otro e instaurar un nuevo espacio, una multiplicidad de espacios donde el saber fuese como un filtro que generase una retroalimentación creativa entre profesor y alumno, y que su tradicional línea de representación se disipase, para dar paso al reconocimiento de sí mismo desde sus posibilidades y carencias.

El docente debe estar facultado para hacer que sus estudiantes, en términos de Estanislao Zuleta: *reconozcan el conflicto*, encuentren y tropiecen con contradicciones como una forma filosófica de ver la enseñanza en todos sus abanicos epistemológicos. Se sugieren puertas a través de las que se admitiesen opiniones diversas, una amplitud más grande y variada, en que el docente fuese partícipe coherente de la realidad educativa, y utilizase también su mirada afectiva e intelectual, lo que va a permitir que también el estudiante forjara una idea respecto a su situación, sus necesidades, tuviera la posibilidad de desbordar la tradicional representación de una enseñanza en forma de dictadura cerrada, que surge de la voluntad de un profesor que proyecta su “conocimiento soberano” para intimidar al estudiante y, por ende, que se lo respeta en esa relación o disparidad dialógica de saber y poder, que llevaría hacia:

(...) ese conjunto de seres que han dejado de ser hombres para convertirse en objetos fabricados en serie, moldeados por una educación estandarizada, embutidos en fábricas y oficinas, sacudidos diariamente al unísono por las noticias lanzadas por centrales electrónicas, pervertidos y cosificados²⁶.

Muchas veces se ha insistido en que la poesía puede evitar la violencia y alzar voces; y por más balas que asesinasen las esperanzas, no habrá nunca ejércitos para acabar con la miseria humana, porque la poesía no solo se inscribe en las páginas de los libros de las bibliotecas, sino que *problematiza las cosas*, obliga a la zozobra, al desdén, al enfado y a la rabia, que constituyen el peligro de quien busca pensar y ver el mundo poéticamente, un mundo de ajenos y extraños, de poetas “desusados”, de seres invisibles que traspasan ciudades para establecer nuevos purgatorios donde los poetas se sentasen a embriagarse de miedo y de inquietud ante un mundo que los agobia y se les presenta en forma de poema, que sólo ellos en su caos interior pueden comprender y están preparados para captarlo con palabras y con inquietudes.

En ese evento, el poeta descubre que no solo él se violenta, sino que el mundo que él mismo percibe es una metáfora ensangrentada que quisiera curar. El poeta, en su lucidez delirante, establece otro tipo de conocimiento, pues la poesía, como forma de pensamiento, trata de reivindicarse con su estado original creativo y expresivo. La figura del docente, cabe decir en estos tiempos de crisis y más enfáticamente en el espacio educativo, se encontrará en las aulas con todo un universo de subjetividades heterogéneas, con personalidades y vocabularios extraños, que lo llevarán a ser un

²⁶Ernesto Sábato, *Op. cit.*, p. 33.

individuo en constante reelaboración de su actividad. Tómese en consideración lo que dice Gilles Deleuze, en *Conversaciones*:

Las clases han ocupado toda una parte de mi vida, me he empleado en ellas con pasión. (...) Es como un laboratorio de investigación: se organizan cursos de aquello que uno investiga, no acerca de lo que uno sabe. Hay que prepararse durante mucho tiempo para llegar a tener unos minutos de inspiración. (...) Era como una cámara de ecos, un serpentín en el que las ideas retornaban, después de haber pasado por muchos filtros²⁷.

Al tener en cuenta las anteriores consideraciones, el desenvolvimiento del educador se enfrenta a esta laboriosa tarea de permitir que se reavivase el sentido de su quehacer pedagógico en las potencias afectivas y en la multiplicidad de espacios que recorre el aprendizaje y desborda las paredes del aula, para fomentar así la comprensión del propio tiempo del estudiante y el de su microcosmos subjetivo. Esta posibilidad se engrana en la difusión lúdica y estética de la poesía, para que el estudiante se apropiase de su fuero interno, asimilase su soledad, sus penas y alegrías, lo que le permitiría tener una visión más profunda de su condición humana y del otro: “El poema es un medio de entendimiento humano, un puente que tendemos entre una personalidad y otra, entre una isla y otra”²⁸, ha expresado el poeta mexicano Jaime Sabines. Aquí se halla presente la preocupación por el reconocimiento de su persona (tanto docente como estudiante que luchan), no como individuo que engrana en *la máquina funcional*, sustituible en cualquier momento, sino como persona abierta y singular que traza el encuentro con la experiencia de lo humano. La expresión de la poesía como un tiempo humano visualiza los caracteres débiles ante la magnificencia de la sensibilidad, ante cada revelación que se llega hasta el poeta y lo convierte en una canalización estética para transmitirlo todo, verlo todo, fundirse en todo. Con estas rúbricas, el mundo del poeta y su conocer diario llegan a ser una observación continua de imágenes vitales, que se consolidan en sus apuntes, que son su sangre total cargada de sentido.

El espejo/escritura se asume desde las líneas fronterizas de la verdad y la mentira, de la credulidad y la ficción; toda una oscilación indeterminada del tiempo poético, como en estos cautivadores versos del poeta inglés John Donne:

Puedo amar a rubias y morenas,
A la que finge la abundancia
Y a la que esconde la indigencia;
A la que prefiere la soledad,
A la que cree, y a la que duda;
A la que siempre llora con ojos como esponjas,
Y a la que es corcho seco y nunca llora.
Puedo amar a ella, y ella, y a ti, y a ti;
Puedo amar a cualquiera
Que no sea verdadera²⁹.

²⁷Gilles Deleuze. *Conversaciones*, p. 119 [en línea].

²⁸Delia Juárez G. Nexos en línea, [en línea].

²⁹John Donne. El indiferente, [en línea].

Ahora se va hacia al dilema de la lectura. Estar inmersos en la globalización y en el flujo de mercancías, donde incluso el libro se vuelve otra mercancía más, que se debe acabar con precipitud, traza el dilema en medio de esta movilización de los valores: la valoración o subvaloración del devenir literario como acontecimiento ético y experiencia o despliegue humano en las escuelas, y en la cultura en general. Esta cualidad se encumbra en el pensamiento y la intuición, en la pasión y el ingenio, la disciplina y el arrebató de esta modernidad o hipermodernidad caracterizada por una *hegemonía del delirio*. Por otro lado, la figura del docente se ha trenzado terriblemente por mecanismos conductistas que exigen al estudiante de apropiarse de su propio proceso de formación, para que alcanzase sentido la difusión de un pensamiento que enriqueciese también al docente en su constante proceso de expansión lúdica y estética. No se ha garantizado nada con enseñar a leer y a escribir.

Jacques Derrida señala que de nada sirve *enseñar de memoria* un poema; aquí se trata de analizar esa demarcación continua del estudiante y el docente, lo que quiere decir que la receptividad de la enseñanza radica en saber leer, en el sentido de disponerse y exponerse aguda y críticamente al texto, aquel que se hace carne y habita al estudiante, lo bordea, lo incita, lo extravía por momentos y le interroga su personalidad o identidad. De esta manera, el profesor no sólo debe incitar al viaje, sino mostrarles a sus estudiantes que él ya lo hizo, lo que podría generar confianza en los alumnos, quienes verían en su orientador a un ser humano poseedor del arte de la enseñanza, de la escritura y del viaje en la tortuosa y singular senda que cada uno recorre en busca de posibilidades éticas y estéticas de vida. La poesía, como forjadora de enseñanza, permitiría esa posibilidad de exteriorizar los imaginarios de los estudiantes, sus carencias e indignaciones, sus necesidades y vacíos, que los moran día tras día.

El ser humano poético es un ser existencial, no un sujeto epistemológico que se anticipa a todas las respuestas para abocarse a una vida predestinada; ese sujeto que domina una ciencia y que es dominado por ella, debido a un *logos* que interrumpe el acto e impone la representación. Esta atmósfera también rodea a la práctica de la escritura, ya que la representación dominante de la escritura es represión que desplaza una posible diferencia, de borrar la amenaza del *statu quo*, amenaza que divide los hemisferios del pensamiento, los clasifica, para intentar clarificarlos, para trastornar su singularidad. ¿Acaso la escritura, entendida como un viaje y un arte, no trata de parodiar los cánones?

El pensamiento que aquí se libera de toda representación dominante confluye en una trasgresión en nombre del sujeto y del sentido para dejar de ver, desde *el palco* de un teatro, el repugnante espectáculo de un mundo desolador en el que los artistas parecieran ser los canarios tristes que, enjaulados, trinan sin cesar. En este marco de posibilidades, nunca está de más el señalamiento petulante, pero nunca exento de violencia, sobre el cómo asumir este nuevo registro de los síntomas de la sociedad, respecto a los acontecimientos que descubre el devenir-filósofo, devenir-escritor, devenir-otro. El acontecimiento avanza siempre entre cesuras y dolores; el concepto de las lágrimas y la sorpresa que, por capricho o atracción, atrapan al nuevo caminante para que se detuviese con parsimonia, y lo hiciera devenir, crujir, con esa inquietud por la negación inagotable, por un objeto sin negación.

El acto de función creadora perfila un mural, así como el poeta pinta con las palabras y sus muecas, como el pianista toca notas musicales, como el actor violenta su identidad,

como el músico explaya en el espacio una armonía. Con estas eventualidades, el lenguaje/poesía persigue lo desconocido, se relaciona con lo imposible, con aquello que se le dificulta comprender, lo que va más allá de toda imagen, de toda representación, semejante a un paroxismo inenarrable, a un multi-orgasmo de un cuerpo con más pies, más cabezas y más voces de lo habitual, para un estupor gozoso, para ese silencio paradisíaco que otorga el arte en todas sus experiencias. El choque de la vida del poeta con la vida del mundo convencional revela un espectáculo irrefrenable: el pacto discursivo en el que las lógicas de la vida se reducen al sí y al no, a culminar la vida, a totalizar los proyectos singulares, como una sola masa compacta y uniforme, en la planificación industrial de cuerpos máquinas-*máquinas deseantes* (en la expresión de Gilles Deleuze), agobiados por las ataduras de los signos lingüísticos, de la imposición de los estilos, de la escritura, del hermetismo de la lectura, del hablar, de la voluntad y de la conciencia escindida por eslabones de autoridad bien definidos: los circuitos del saber conductistas, con todas sus fauces o instituciones.

Estas vejaciones, no de poco valor, encierran el problema de una educación utilitarista o pragmática, carente de sensibilidad, de memoria reflexiva y mecánica. En esta forma, el docente debe ser consciente de que la naturaleza del aula es proclive a una contingencia, y que el mérito se puntualiza sobre la proliferación del estilo pedagógico, en que la voz del educador fuese un efectivo integrante cuando de reformar los planes de enseñanza se trata y de percibir la profundidad de los problemas, ya que enseñar con filosofía, tal como lo señala Zuleta, es educar para mostrar o traducir problemas: se aprende al multiplicar y propagar los horizontes cognitivos y afectivos, aumentar las ópticas artísticas, culturales y humanas. Esta dimensión ética de mirar el mundo, brinda una pluralidad más seria y rigurosa, que le da a esta amplitud un mayor vigor. La fecundidad para la labor educativa sugiere pasión y amor por el no “profesar” verdades absolutistas, ni burocráticas, pues muy bien se sabe que el mundo somete, para su necesidad, a la formación casi industrial de obreros que llenasen las empresas y las universidades, para venderse por aquella palabra forzada que se llama “éxito”. La educación ha venido convirtiéndose en un aposento de funcionarios que llegan a engranar en cualquier sistema productivo de índole económica, que dejan prácticamente en el olvido el fomento y desarrollo de la personalización, para que el individuo precisamente perdiera su marca singular, que no pensase en su situación, que no percibiera las contradicciones y problemas, tal como el transeúnte diario que, en su afán de trabajar para acumular y ocultar, lo puede ver; sólo interesa la *mentalidad técnica*. En estos términos, dice Zuleta, con gran lucidez e ironía:

En este sentido, nuestra educación es, por una parte, desastrosa en cuanto a la formación de individuos que piensen, que tengan autonomía y creatividad, pero no es nada desastrosa en cuanto a la producción de personas que se ajusten a tareas o empresas que no les interesan; personas que tienen que ganar el examen de álgebra sin que les interese el álgebra; personas que tienen que estudiar sin que les interese el estudio. Para producir este tipo de personas, la escuela que tenemos es la ideal, está hecha para tal fin³⁰.

³⁰Estanislao Zuleta. La educación: un campo de combate. Entrevista con Hernán Suárez. *Revista Educación y Cultura*, No. 4, FECODE. Bogotá, 1985.

En síntesis, la educación estandarizada no presenta problemas, porque resulta cómodo para el docente difundir contenidos que han sido la plataforma ideológica de su plan por mucho tiempo, al dar a conocer los apuntes trasnochados de su cuaderno inepto, pueril y agotado de esperanzas. Cuando el estudiante descubre sus sueños, estos actos pedagógicos se los desmontan con facilidad. Por ello, el interés de una educación íntegra de la persona. Y se cree que la poesía es la pieza que falta en el devenir educativo. Cada verso, cada estrofa representa el modo como cada cual vive, recibe o violenta el impacto de la realidad.

Muchos educadores del Área de literatura desconocen el vasto sendero que ofrece la poesía como recurso educativo, ya que en ella se encuentra una alta expresión y seducción de la palabra, que se devela a cada momento; una palabra que encuentra su espacio para que se leyese y escuchase, esa palabra que va en busca de la libertad, de su sentido siempre diáfano y capcioso, como se lo quiera ver:

Este universo de palabras puede ayudar a que los jóvenes manejen no solo un léxico que los ayude en la competencia lingüística, que es muy importante en estos tiempos, sino a que aprendan a violentar la realidad al nombrarla. Todas las cosas están allí esperando a que las nombren por primera vez; solo hace falta darle espacio a la palabra.

sostiene Carlos Fong, en *Poesía y Educación*³¹. Ahora, es posible preguntarse por la existencia de una conciencia poética. Pues bien, esa conciencia es un *striptease* de imágenes balbuceantes que no se dejan asir con palabras, pues sus significantes se desvanecen en polisemias, en seductores objetos que calcinan los límites. El impulso de esta investigación-creación es consciente de ese alto grado de sorpresa cultural y del fomento poético, en estos tiempos de perplejidad, cuando domina la distancia entre unos y otros, recalados en el *gueto* de la postmodernidad para poder vivir. Ese funesto instinto de conservación; biología por todas partes...

Para pensar en el devenir educativo, se debe interrogar y discutir sobre la enseñanza de la escritura como una práctica artística que se comparte entre docente y alumno, entre tiempos y subjetividades convergentes. Estas razones son el punto de partida ineludible en el momento de trazar un plan, un taller, si se quiere, de escritura para estudiantes. En un comienzo, el docente debe ser la mira de sus educandos, pues se enseña al mostrar, al *profesar* en el sentido de dejar ver un pensamiento, a transparecerse. La tarea aquí descrita sigue el rumbo de despertar en los estudiantes el contacto sensorial con la realidad, dar una real apertura a su cuerpo, una aguda sensibilidad que jugase con su identidad, para así crear contornos de sí mismo diferentes. La escritura, como herramienta eficaz, hace del ser humano una extensión de los sentidos, para intervenir en la realidad y “transformar sus ojos”, deslizar su pensamiento en un lienzo que se pinta y se borra. Tanto el espacio, como los rituales de la escritura y la revisión, son momentos fundamentales que el docente debe acompañar para servir de guía, de incitador, una especie de conciencia crítica de dicho proceso, pero no el borrador de un estilo. Wilson Gómez Moreno, al seguir al clásico pensador de la didáctica Donald H. Graves, formula que:

³¹Carlos Fong. Poesía y educación [en línea].

La enseñanza de la escritura exige dominio de dos artes, enseñar y escribir. No pueden evitarse ni separarse. El escritor que conoce el arte de escribir no puede aventurarse en el aula para trabajar con los estudiantes si no se comprende de algún modo el arte de enseñar. De la misma manera, ningún profesor que no se haya ejercitado en la escritura puede enseñar de manera eficaz el arte del escritor. Pocos son los profesores de pintura al óleo, piano, cerámica o teatro que no practiquen al mismo tiempo en sus campos respectivos. Sus alumnos pueden verlos en acción en el estudio. Es imposible que enseñen sin poner de manifiesto lo que pretenden exponer. Hay que seguir un proceso, hay que aprenderlo. Cuando se trata de enseñar o de escribir, hay que hacerlo como si fuera un arte. Tenemos un camino, una jornada que recorrer y alguien que camina con nosotros, alguien que ya haya hecho el viaje³².

En efecto, la educación y el pensamiento son un amor, una pasión para su desenvolvimiento, con desinterés y afecto por el cambio. El aula se convierte en un taller donde dos conciencias intercambian pareceres y se solidifica la seguridad de compañía entre un docente y su alumno. Estas ambigüedades, examinadas dentro de un contexto educativo, pueden ayudar a renovar el acto de la escritura como un escándalo, una denuncia pública milagrosa. Manifestar la desnudez palpitante de un fervoroso deseo en el que se denominase nuevamente a las cosas en un segundo torrente colmado de intrigas y dudas, ante la imposibilidad obsesiva de la dicción adecuada, del significativo preciso, es una desesperación epiléptica de la poesía que subvierte el orden natural de la lengua.

Las destrezas de la poesía, para una posible formación de lectores y escritores, no son para nada gratuitas, exigen rigurosidad en el agotamiento, un paraíso de estupores recalados en una escritura de tiempo indefinible y si, para muchos, la poesía es un partir lejos de sí mismo, se debe a su detonante para deformarse el rostro y generar otros nuevos; de ahí que la poesía fuese el mejor e indisciplinado espejo del mundo, que ya no lo refleja, sino que lo desconoce, como cada persona se desconoce cada vez que escribe, que avanza sin cesar en un camino doloroso que le ofrece sus paradisíacas torturas y dulzuras.

El poeta busca un horizonte, pero tropieza con esta crueldad, esta errancia: el horizonte es una diáspora de seres di-sueltos. Con esta réplica se diría que la conciencia llega al poeta como una figura difusa o brumosa, y cada uno no sabe cómo se determinan estas naturalezas diversas en la realidad singular del poeta, que se filtran en otras realidades y en otros tiempos paralelos.

Aquí se debe encontrar el matiz de lo poético, su encanto y extravío, una escritura independiente de cualquier supuesto ideal, pues todo idealismo es una promesa. Al modo de ver, según estas discusiones sobre la poesía como otra forma de conocer, en su cavernosa voz, que se oculta en los abismos del verbo, la poesía, al ser un trabajoso embrión del pensamiento, y por su índole inabordable, dificulta que se tuviese una imagen precisa sobre ella; es decir, que no se puede tener sino un conocimiento parcial de ella, similar al centelleo que se produce ante el choque de dos espadas, o el eco que resuena ante el último suspiro de la palabra, pero sí se pueden percibir sus efectos. El *objeto-pasión*, a diferencia del *objeto-verdad*, diría Poe, excita al corazón y lo instiga a

³²Alfonso Cárdenas, *et al.* *La didáctica de la literatura. Estado de la discusión en Colombia*. Cali: Universidad del Valle, 2005, p. 92-93.

dejarse envolver en una nube de bellezas, que es atmósfera embriagante, desenlace sin fin, un goce de palabras, un Kamasutra literario... Esto halla incluso placer en su propia tortura singular, que lo eleva de forma pura y violenta a un canto bello que induce a las lágrimas, al silencio, a la renuncia: “El ardor del corazón humano no tarda en inclinarse al martirio, proporcionándonos la más horrible secuela de sufrimiento. La tendencia del corazón a la tortura. Este espíritu sugestivo, viajando por una vena subterránea de pensamiento atractivo e indefinido”³³.

Esta relación intimidante de la poesía, como potencia hacia la lectura y la escritura, se trenza a través de una comunicación en la siguiente triada: autor-obra-lector. Pues bien, este tejido sensible acepta que el autor no sería sin el lector ni la obra, ya que estos tres elementos comunicativos sugieren que el hecho poético se verifica en el encuentro con cada lector oyente-espectador, que le otorga así nuevos sentidos al texto, lo recrea para que ese mismo texto se hiciese nuevamente de forma incesante, se escribiese y se borrara. Esta dinámica, que nutren los dialogismos poéticos, compromete a esa llamada “certeza comunicativa”, cuando el lector encuentra el propósito y, por ende, corrobora su empatía con el autor. Y, para ello, es necesario establecer la apertura de su ser, su significación y su potencia expresiva, pero dicha potencia no tiene un sentido propio, incluso se duda de que hubiese un “único autor” que escribe como sujeto legítimo del texto. A este respecto nunca va a encontrarse el sentido o la potencia de algo, si no se sabe cuál es la fuerza que se apropia de la cosa, que se apodera de ella o se expresa.

Para entender la dimensión de la escritura se debe preguntar por el estilo: ¿qué es un estilo? Una forma múltiple para la expresión de lo inexpresable. La escritura es una sinfonía polifónica que utiliza sus contornos para pintar y despintar aquellas palabras que se hacen gestos, que son palabras, gritos, que son silencios, desiertos. El aprendizaje humano no solo se basa, como se ha creído desde sus primeros años, en leer y escribir, sino que incluye tener una delicada y honda disposición de los sentidos, es decir, tener el tacto y la mirada abiertos, leer con todo el cuerpo, sus vibraciones e intensidades, el despojamiento, algo que deviene como un temblor sin desenlace. Así se describiría el acontecer de una lectura que des-monta y juega: leer es un riesgo donde la identidad se vuelve vulnerable, se desnuda la posesión de sí mismo. Este peligro de perder la identidad es el acceso a una posesión que hace extraño a sí mismo, a tal punto de reconocerse de forma inusual...

La metamorfosis del sentido se establece sobre esta reflexión, la de ser extraños o extranjeros en las propias palabras y en la escritura intermitente. Cuando se deja de leer o escribir algún texto, es posible darse cuenta de que un tipo de alteración insólita ha ocurrido, que esa aventura explora abismos y cavernas del alma humana. Este potencial de la poesía para la formación de lectores y escritores comienza, antes que nada, por la búsqueda de una intimidad, entendida en términos de socavar un espacio idóneo para la soledad, como elemento intrínseco en el momento de escribir, de parir con angustia mundos posibles. Basta decir que la escritura no es cómoda, pues, si lo fuese, sería un pasatiempo o una vanidad sin testimonio. Las imposturas de autor no pueden ser meros clichés o una fraseología del suspiro, sino un genuino estremecimiento que dejase

³³ Edgar Allan Poe. Método de la composición, [en línea].

atónito y arbitrario: “La literatura no es un pasatiempo ni una evasión, sino una forma — quizá la más completa y profunda — de examinar la condición humana”³⁴.

La poesía, preocupada por una eficacia lecto-escritora, intenta siempre iniciar un viaje que fuese más allá de todo *logos*, es la entrada a una disolución o a un estado en caída libre que nunca toca la superficie, no toca una verdad suprema, es la discontinuidad del ser que, al fracturarse, revela un abismo insalvable: el darse cuenta de su soledad, que aprovecha todo artista para crear mundos, pero hace falta sólo soledad, una gran soledad interior: entrar en sí, debatir con el espíritu sosegado e inquieto durante horas y, luego, no encontrar a nadie. La soledad y el vacío son, irónicamente, un acontecimiento que obsesiona a todo poeta en el momento decisivo de escribir y arriesgarse, para llegar a ser el médico de sus propias enfermedades o el verdugo de sus síntomas de denuncia.

El individuo que se descubre por instantes inconcluso, interrumpido, alberga en sí no sólo la tristeza por una carencia de identidad, sino que podrá, paulatinamente, apropiarse de sus intrigas, de la poesía como un conjunto de ausencias, pues el poeta escribe para jugar a encontrarse en el dominio desconocido de la palabra, ahí donde la palabra puede escucharse y habitarse: el silencio, pero no uno común, sino aquel que está dentro del lenguaje y al mismo tiempo en sus fronteras. Todo esto es un horror y un placer, dado que la formación de lectores y escritores debe apoderarse de ellos, en una absoluta muerte de sus certezas que, por su prolongada permanencia, parecen canónicas y aceptadas, pero cuando *la pluma envuelve*, el individuo queda como desprotegido de todo centinela del sentido que lo fulmina y lo atraviesa, lo deja semidesnudo frente a lenguajes siempre dispersos, siempre intraducibles a toda la severidad del juicio. La palabra es portadora de bellezas polifacéticas, de modalidades que colindan con el ser más profundo. Nadie, por más avezado en los temas de la conducta humana que fuese, podrá asir una definición exacta del sujeto poético: ¿quién es, qué es, quién escribe? La poesía, marcada en estos términos, atrae y supera; es una tentación con los ojos cerrados que persuade a *volcarse en cada escritura*; ha señalado Steiner: “Hablar, adoptar la singularidad y soledad privilegiadas del hombre en el silencio de la creación es algo peligroso”³⁵... y atractivo. El silencio es un decir significativo. Por tanto, el lector dialoga, a través de las imágenes que le posibilita el texto, con el escritor, abre una zanja en el tiempo, dado que mundos confluyentes se incluyen en esta dinámica comunicativa entre quien escribe y quien lee, entre quien se expone y el que permanece en suspensión, en suspenso, el espectador.

La efectividad para el desarrollo de esta investigación-creación, inscrita dentro de las variables que soportan una enseñanza como acontecimiento ético-estético, es y existe gracias a los tres momentos antes mencionados. El poeta, en su formación artística, en su práctica poética, es espectador y protagonista al mismo tiempo. La imaginación da riendas a la exteriorización de los imaginarios íntimos, personales, culturales que, de alguna forma, arraigan o arrastran una comprensión de su propio proceso de creatividad que, al manifestarse, debe generar tentativas, expectativas, un rompimiento paradigmático de la vida, donde la misma creación fuese en contra de lo que él mismo ha sido, es decir, tuviese esa capacidad de escribir y re-crearse, de hacer de su voluntad,

³⁴Ernesto Sábato, *Op. cit.*, p. 11.

³⁵George Steiner, *Op. cit.*, p. 54.

de su deseo, de sus fatigas y de sus urgencias discursivas, un lamento que muta su ser y le hace preguntar quién es.

Toda esta exposición del ser, en la investigación-creación, es el resultado de un corpus de letras, de un cuerpo reinventado para siempre. Se da a entender que la escritura no significa un esquema tradicional de reglas gramaticales, o un método ortodoxo. La escritura poética comprende una sonoridad de infinitos matices, de altibajos que, como una melodía que trasciende sus propias partituras, comienza un movimiento travieso de creatividad, para hacer que las palabras se elevasen por encima de su literalidad y se abocasen a significancias insospechables e insospechadas, que se convirtiesen en alegoría, se perdiesen del todo.

Intentar una enseñanza de la poesía, que se propusiese una posible formación de escritores, implica esa constante *renovación de la cultura*, como aludiría Nietzsche, para un intercambio simbólico-poético como experiencia ineludible. Este intercambio, este dialogismo asume una fatiga y una sofocación sin curación: la de encontrar unanimidad de sentido poético, la de poder verse en definitiva el rostro compacto en el espejo, pues escribir no es sino eso, un espejo que muestra rostros desconocidos. Si el lector no atiende a esta imagen, a esta borradura, jamás podrá entrar en la escritura de la poesía como un palacio de la zozobra, donde quizás la entrada fuese la salida.

El universo escéptico del tiempo — en términos poéticos —, como en Borges, lleva a urdir el propio laberinto, a dialogar con el autor, a estar atento a sus signos, a ser un amante de la página, a devorar el tiempo. Quien lee, espolea su identidad, la traslada a disimetrías, pues bordea las cosas, las imagina y las trenza, en un acontecimiento peligroso, salvaje, de autofagia, de autoviolencia de la escritura, que da un paso inevitable para dejarse caer y que la caída fuese múltiple:

Donde no hay riesgo no puede haber escritura

Y de qué tachadura ha sido uno víctima

ha escrito Edmond Jabès³⁶.

Estos desbarajustes presentan cierta relación continua y dislocada del lenguaje, ya que las percepciones de la lectura-escritura han variado y ahora no se escribe para sujetarse a ella o sujetarse al lenguaje pues, se ha dicho que, desde los primeros titubeos en el mundo, el lenguaje domina al ser humano, como una hegemonía semántica que máquina contra el imaginario, que hace que la escritura poseyese un inicio y un final y que siempre se escribiese (una traza) en un espacio cerrado; que lo que se escribe debe sostenerse sin resquicios ni aberturas, ni variaciones que amenazasen la estructura de la gramática. Todo lo contrario, se escribe para arruinarse y volver a empezar; ha señalado M. Foucault: “En la escritura no hay manifestación o exaltación del gesto de escribir; no se trata de la sujeción de un sujeto en el lenguaje; se trata de la apertura de un espacio en el que el sujeto que escribe no deja de desaparecer”³⁷.

Esta disposición anímica, ética, estética y existencial hacia la escritura lleva a desconstruir la tipificación del autor como el Dios de la obra, pues si bien es cierto el

³⁶ Edmond Jabès, *art. cit.*

³⁷ Michel Foucault. *Entre filosofía y literatura, Obras esenciales*. Vol.1. Barcelona: Paidós, 1999, p. 333.

autor crea mundo, lleva detrás de sí una red de voces que se filtran en su escritura. ¿Quién habla, entonces? Esta reflexión avanza contra la idea del escritor como el legítimo autor de la obra. El libro, una vez leído y releído, se convierte en otro libro, crea nuevos lectores, convoca múltiples estilos de percepción y recepción de lo escrito o recitado. Aquí, se pretende sustituir al sujeto individual por el colectivo, o trans-individual, pues la escritura se hace con muchos ojos, con clarividencias y texturas que nunca se terminan por tocar. Es necesario ese lenguaje sin apoyos o dispositivos, un lenguaje-poesía que fuese como un juego de niños, más allá del bien y del mal, con inocencia y ferocidad, pero que permitiera cesuras de intercambio; en palabras de Foucault³⁸, “un lenguaje que, rehaciéndose sin pausas en un movimiento continuo, fuera hasta el fondo”, lo que logra de la poesía, en tanto literatura, una reflexibilidad infinita debido a su reproducción diversa de sociolectos y modismos. De ahí que la poesía como lenguaje no fuese completa ni final.

Por tanto, escribir es *ser apertura*, ese encanto, esa libertad y ese temor a lo ilimitado, a lo infinito, para lanzarse preguntas muy diversas que le llegasen al lector y lo desacomodasen, ya que la escritura siempre debe proporcionar eso, el enfado, el desajuste. Se habita en un desierto, el del anonimato, el de la pérdida del nombre para figurarse en una lluvia de metáforas incandescentes en el dominio de las incertidumbres. La cuerda tendida entre poeta, texto y lector oyente comunica verdades poéticas que incitan al vituperio o a la sensatez, a la actividad o a la contemplación, lo que dependería ya, según Jakobson, de la decodificación del mensaje contenido y de la recepción simbólica presente en el habla cotidiana del escritor, pero, más allá de los formalismos, los protocolos dialécticos, los hechos rituales contemporáneos, la poesía hace que el ser humano hallase su senda interpretativa y se fundiese en el mundo, encontrase un orden o un absurdo en su realidad.

Estos perfiles dejan vislumbrar las combinaciones semióticas y, por tanto, creativo/comunicativas que atraen por lo inesperado. Se tiene en cuenta que se escribe para desconocerse y se lee para interpretar los sueños y las pesadillas; para que el mundo de las letras se recrease en un yo. Rebasar los márgenes del sentido es un síntoma un tanto seductor que vence toda idealidad literaria, que afirma que la jerarquía textual subyuga al cuerpo, a la voz. Ahora, se unen cuerpo y letra, letra y cuerpo, carne y entonación; silencio y palabra. Que el texto dijese lo que el cuerpo grita, similar a una fisiología de la rabia y de los nervios, que cada vez más muestran algo de sí. Y el poeta con su escritura manifiesta algo de ese misterio: la palabra nunca se expone completamente, sino siempre queda algo por decir, algo que no se dice, que está en el suspenso, en el horizonte del rumor. Sobre esta posibilidad privilegiada que tiene la poesía, de ser un lenguaje hacia lo abierto y hacia todas las cosas, escribe Alfonsina Storni³⁹:

Oye: yo era como un mar dormido.
Me despertaste y la tempestad ha estallado.
Sacudo mis olas, hundo mis buques,
Subo al cielo y castigo estrellas,

³⁸Michel Foucault, *Op. cit.*, p. 129.

³⁹Alfonsina Storni. Oye, yo era como un mar dormido..., [en línea].

Me avergüenzo y escondo entre mis repliegues,
Enloquezco y mato mis peces.
No me mires con miedo. Tú lo has querido.

La gran afinidad de la poesía con los lectores radica en ese incentivo, en esa como ausencia voluntaria, la de estar siempre en otro lugar, donde se piensa y se escribe el mundo para juzgarlo con ojos hambrientos y vivaces. Se trata de leer el mundo, enseñar a “ver” las cosas con distinto orden. Por ello, el potencial de la poesía forma lectores y escritores que analizan a cada momento su tiempo, su necesidad existencial, todo ello enmarcado como un recurso educativo que efectivamente ayuda a problematizar la vida, a despojarla de falsos vestigios, que la muestran tan fácil y vanidosa.

El poeta, mientras escribe, pierde la vanidad, pero ennoblece las cosas más viles (como Baudelaire); asciende y desciende por sus vestiduras, se quita máscaras y se pone otras nuevas; juega con el velo como con las palabras, esas esquivas que lastiman y embelesan, que desmantelan la memoria, desarman la cultura, los tabúes; saber olvidar es también saber avanzar, saber escribir con libertad, lejos de los géneros o rótulos de una lectura de memoria (*par coeur*, según Derrida). La escritura que se destaca explota en la fuga del pensamiento, a través de un exceso y goce de palabras que fluctúan entre las ideas y las pasiones, entre el sueño y la vigilia pues, ¿por qué no decirlo?, el escritor y el lector se sumergen en una bruma de hechizo, acaparan otras modalidades de la lengua, subversiones que se crispan y se agolpan en las chispeantes líneas de un libro que comunica, estremece e interroga al otro.

Al quedar la escritura libre de los prejuicios severos, se muestra la poesía capaz de dar testimonio, no sólo de las estructuras logocéntricas, sino de la descripción del mundo interior y de las zonas más irracionales del ser humano. Por tanto, esta contribución epistémica/ético/estético/pedagógica del potencial de la poesía hace confluir las aguas turbias de la escritura entre dos zonas de gran movimiento: el conocimiento de un mundo rutinario y pleonástico, y un mundo que es epilepsia espiritual, urgencia de palabra e ingenio creativo. El poeta es un péndulo de realidad y de ficciones, un artífice de una escritura laboriosa y frustrante con la que encuentra el tono perfecto para cantarle al mundo, para espantar o atraer criaturas hacia una realidad poética de contrastes y contradicciones, donde la placidez y el desacomodo duermen en el mismo lecho.

La escritura no se puede entender lejos del cuerpo y sus enfermedades, sus turbulencias. Ya en Baudelaire, ya en Cioran, se ha puesto a consideración toda una morfología de la rabia y el desacato; desintegran su cuerpo en mil voces, en disonantes gritos, que acusan a la jerarquía del pensamiento, como un dios regulador del cuerpo sometido a la letra, a la representación estática, sin riesgos ni fatalidades para quien escribe, ni para el espectador que recibe la obra con enfado o placer, según la relación dialógica que se establece con la creación artística. El escritor ataca el orden, por eso desintegra todos sus órganos; la escritura y la lectura mucho tendrán que ver con ese malestar *digestivo* que lo lleva a despojarse de dolores y de su propio muro de lamentos.

La poesía hiere a fondo, encanta a fondo, es una sugerencia brusca pero necesaria para aquel o aquellos que, por medio de su arrebató y polivalencia, viven mil vidas antes de morir. Un universo hirviente de deseos; el traje novedoso por siempre en el que reside su extravagancia y se apuntala su bella tragedia. La poesía: el éxtasis agónico de un sueño

que pierde sus orillas, atormentada silueta y condenado placer de la palabra que se eclipsa en lo sublime, en el recuerdo, en lo más vil y patético, pero las zonas de gran ambivalencia están patentes en la carencia siempre atroz del pensamiento humano. La falta de algo siempre hace que se produzca una interrupción, una cirugía...

El escritor debe asumir la soledad como *la gran labor*— según Rainer Maria Rilke — de un difícil y entregado amor, que suele resultar aberrante para la inmensa mayoría. Sin embargo, la soledad constituye el único marco para ciertas actividades del espíritu, del encuentro consigo mismo, ese que apasiona con sus preguntas. La soledad y la escritura son la vida y obra de la expresión artística, pues otorgan paradójicamente el vacío y el todo de la poesía, fecunda arma que hace brotar de una nada sonora la nota musical, es decir, la armonía estética. El móvil del silencio al canto es precisamente una afirmación de sentimiento y palabra, donde se es capaz de configurar el temor, y hacerlo con hondura, al crear. De ahí que la plenitud de la palabra y escritura se crease en soledad, en la plenitud de aquel momento de tiempo indefinido. Toda esta amalgama deja entrever cómo la figura del poeta moderno, o ciudadano, como se lo quiera ver en la actualidad, se la ve como la de un *transeúnte invisible*, dado que la voz poética, al estar entre la multitud, hace que su doble afirmación — de palabra y sentimiento — pareciera vana o estuviese dispersa...

Se ha insistido, desde los primeros andamiajes de este trabajo, en que el trazo siempre habita en un genuino dolor, un desierto donde se escucha lo pleno de las palabras, se oye y se habla con ella, se toma el tiempo necesario para callar. El poeta es el texto que anda consigo y la página en blanco es su desierto; busca dentro de él a un nómada, a un cómico de la legua, en quien nadie pudiese diferenciar su bufonesca y melancólica figura de reformador, siempre. En un maravilloso ensayo titulado *Soledad y creación poética*, destaca Gonzalo Sobejano⁴⁰:

El poeta quejoso de sí mismo, a punto de anegarse en su nada, incipientemente embriagado de este veneno, accede poco a poco a un camino en el cual todo empieza a mostrársele hondo, misterioso y grave como nunca. La tierra, el mundo, la vida y la muerte, libres de la poca importancia que les presta el sujeto cotidiano, se empañan de una sagrada niebla de misterio.

Entonces, para seguir con este recorrido dialéctico del compás poético, de su ritmo como un universo en constante expansión, se muestra el poder de persuasión que vive en las palabras, en cada sílaba que se teje con delicadeza, con furia, pero con la rigurosidad que exige la escritura: el cansancio, el sacrificio. Una escritura muchas veces a madrazos, “que disfruta” de las exigencias propias que cultiva este difícil amor por la poesía. Sólo los versos dan cuenta de lo vivo que se está, de esas cosas del reino del temblor, del insomnio jadeante que llega para hacer una visita.

¿Por qué se escribe poesía? Incertidumbre irresoluble, pero necesaria actividad bestial para justificar una estadía en la tierra, para dejar huella, al menos una: escandalosa o aceptable, ¡no importa!; lo que realmente es un halago, del que se sirve el ser humano, es dar testimonio de lo que recorre dentro y fuera de él. Se debe entender, pues, que el

⁴⁰Gonzalo Sobejano. *Soledad y creación poética*, [en línea].

que escribe no lo hace por escribir, lo hace para revestirse y disfrutar del tiempo que lo transporta a una suspensión, a un suspenso festivo y tormentoso, lejos del orden de los deberes y rutinas anclados en un mundo sin estallido, sin sorpresa ni autonomía. Entre más lejos se fuese de la mano del pensamiento poético, más personal, más singular será la marca. El encanto y la magia del conocimiento poético es un manto de gestos que produce una apertura honesta, una herida que establece una cercanía menos artificial con el mundo.

Como conclusión, este trabajo de investigación-creación ha tenido y tendrá en la retina de su horizonte la constante reelaboración de su búsqueda y de su cocción. Sería inútil pensar que el resultado de las investigaciones culmina al llegar al esbozo de la última página. Lo expuesto y concretado aquí es una sugerencia, que puede o no tomarse, pues sólo así los discursos serán ajenos a pretensiones soberbias que incidiesen en un trabajo terminado para siempre. Se prenden los ventiladores para que, en un propósito póstumo, este trabajo siguiese su marcha, se reformase y anclase en nuevas problemáticas, contextualizadas en el delicado borde de la educación y de la experiencia de la poesía, como experiencias eminentemente humanas.

La síntesis del trabajo la hará el tiempo; no se osaría dar por finiquitada una investigación-creación que se ha nutrido de muchos espacios y de vigentes relaciones entre la filosofía y la literatura. Se sigue abriendo camino en la laboriosa — y nunca exenta de fatiga—actividad pedagógica, que no sólo da satisfacciones, sino también dolores espirituales, frustraciones y retos que delimitan el conocimiento cuando se dona al otro. En este marco, la poesía, que ha sido la voz rectora de este trabajo, la amiga y la enemiga incondicional, ya que su compañía exige comprensión y disputa, ha sido una batalla campal.

Para terminar, cabe resaltar un punto álgido. La poesía y los poetas son legislaciones invisibles que rigen el mundo interno y subjetivo. La morada vital donde el ser se pregunta sin descanso y se desterritorializa o *destotaliza* de su seguridad ontológica. Más bien se diría que la poesía ofrece esa ardorosa y peligrosa herramienta de desestabilizar un emporio de certidumbres. De lo que sigue, muy poco se va a saber; no obstante, este trabajo, enmarcado como una diáspora, podrá retomarse, volver a escribirse. La síntesis la propende el imaginario colectivo, esa certeza comunicativa a la que se hacía referencia anteriormente. Se deja ahora, sobre la palabra, todo desmontaje de perfección del ideal moderno. Aquí, el trabajo huye de una supuesta idealización de los tópicos desarrollados, pero se focaliza en denunciar la cuerda rota entre academia y vida que, al abrir su telón de fondo, no permite ver más que sombras sin destello, sin voz.

¿No es lo poético un aullido primitivo, un magma que se calienta desde los primeros instantes cuando la humanidad ha cantado sus zozobras? La poesía ni muere ni morirá jamás, porque lo finito-infinito habita en el ser como un delirio, ya que desde cuando “somos diálogo y nos oímos unos a otros”, al decir de Heidegger, existe la posibilidad de dar testimonio de la debacle de nuestras falsas decencias, de los desmaquillajes en el vacío. Y cuando ya no es posible verse iguales, cuando verse en el espejo es una utopía, alguien puede darse cuenta de que ha perdido los ojos, que es preciso seguir escribiendo, que sólo se vive y se muere de escritura...

BIBLIOGRAFÍA

ARANGO, Gonzalo. Estoy sin cigarrillos y sin ti, en: www.gonzaloarango.com/ideas/sin-cigarrillos.html

BARTHES, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI, 2001.

BAUDRILLARD, Jean. *Contraseñas* (Barcelona: Anagrama, 2000), en: <http://www.scribd.com/doc/162755121/Contrasenenas-Jean-Baudrillard-OCR-pdf>

BLANCHOT, Maurice. *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990.

CÁRDENAS, Alfonso. *La didáctica de la literatura, Estado de la discusión en Colombia*. Cali: Editorial Universidad del Valle, 2005.

CASANOVA, Alba. *Delirium-Infinito*. Pasto: Universidad de Nariño, 2005. (Trabajo de Grado de Licenciatura en Filosofía y Letras. Inédito.)

CAZANA CANCHIS, Serapio. El rol de la poesía en la adquisición del conocimiento, en: <http://revistas.concytec.gob.pe/pdf/consen/v9n10/a08v9n10.pdf>

CHAVES, Edmundo Vifredo. *El fruto de mi locura*. San Juan de Pasto, Universidad de Nariño, 1987.

CIORAN, Emil. *Los silogismos de la amargura*. Barcelona: Tusquets, 1997.

_____. *Silogismos de la amargura*, en: <http://www.scribd.com/doc/9698175/EM-Cioran-Silo-Gismos-de-La-Amargura>

_____. *Adiós a la filosofía y otros textos*. Trad. Fernando Savater. Barcelona: Alianza Editorial, 1995

CORDERO BALCÁZAR, Clara y RODRÍGUEZ, Ignacio. La poesía como recurso educativo, en: <http://www.ediciones-encuentro.es/ibioculus/view.php?menu=225&smenu=230>

Cronopio estepario. Emil Cioran, en: <http://nipalabrista.wordpress.com/2009/04/17/emil-cioran/>

DELEUZE, Gilles. *Conversaciones 1972-1990*, en: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Deleuze/Deleuze%20-%20Conversaciones.pdf>

DERRIDA, Jacques. ¿Qué es la poesía?, en: www.jacquesderrida.com.ar/textospoesia.html

_____. La Diferencia, en: www.philosophia.cl de Filosofía Universidad ARCIS

_____. *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989.

_____. La palabra soplada, en: <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/artaud.htm>

DONNE, John. El indiferente, en: <http://eledelauk.blogspot.com/2011/01/un-poema-de-john-donne.html>

FERRER CORREDOR, Enrique. Cuatro visiones de la poesía actual colombiana, en: <http://comunpresenciaensayos.blogspot.com/2006/12/cuatro-visiones-de-la-poesa-actual.html>

FONG, Carlos. Poesía y educación: de lo prodigioso en la poesía, en: <http://guarumo.wordpress.com/teoria-de-la-poesia/>

FOUCAULT, Michel. *Entre filosofía y literatura, Obras esenciales*. Vol. 1. Barcelona: Paidós, 1999.

_____. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1999.

Fragmento de ensayo literario sobre la poesía, en: <http://www.mundopoesia.com/foros/showthread.php?t=269498>

GOMEZ JATTIN, Raúl. *Amanecer en el Valle del Sinú*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.

GOYES NARVÁEZ, Julio César. Poesía y filosofía: ¿Gradación de la verdad o del conocimiento?, en: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero21/poefilos.html>

HALPERIN, Richard W. (coord.). *Leer y escribir la poesía*, en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001395/139551s.pdf>

HEIDEGGER, Martin. *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Barcelona: Anthropos, 1989.

HILL, Rowena. La poesía como manera de saber, en: <http://www.rowenahill.com/es/?p=373>

JABÉS, Edmond. *El libro de la pequeña subversión fuera de sospecha*. Trad. Saúl Yurkiévich. México: Vuelta, 1989.

_____. La transparencia escrita, en: <http://http://www.mxfractal.org/F5jables.html>

JARAMILLO ESCOBAR, Jaime. *Método fácil y rápido para ser poeta*, en: <http://www.jaimejaramilloescobar.com/Metodo-facil-y-rapido-para-ser-poeta/Ser-poeta.html>

JUÁREZ G., Delia. Nexos en línea, en: <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=296>

NANCY, Jean-Luc. *Tumba de sueño*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.

OLLER, Dolors. *Teoría de la poesía*, en: http://www.upf.edu/materials/fhuma/oller/recerca/refl_text/dol1.htm

OSORIO DE ITA, Gustavo. La certidumbre en la poesía, <http://circulodepoesia.com/nueva/2012/02/%C2%BFcertidumbre-en-la-poesia-notas-sobre-teoria-poetica/>

PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

POE, Edgar Allan. Método de la composición, en: www.cuidadseva.com/textos/teoria/opin/poe01.htm

RAYA, Javier. Sobre la forma del poema, en: <http://espanol.agonia.net/index.php/essay/178457/index.html>

RILKE, Rainer Maria. *Cartas a un joven poeta*, en: www.librosenred.com

RIMBAUD, Arthur. La orgía parisina o París vuelve a poblarse, en: http://www.ciudadseva.com/textos/poesia/fran/rimbaud/la_orgia_parisina_o_paris_vuelve_a_poblarse.htm

RODRÍGUEZ SAAVEDRA, Mario. *Sinfonías del malestar (o poemas sueltos para seres disueltos)*. Pasto: Universidad de Nariño, 2005. (Trabajo de Grado de Licenciatura en Filosofía y Letras).

ROFFÉ, Mercedes. Sentido de la poesía, en: http://www.festivaldepoesiade medellin.org/pub.php/es/Diario/05_04_02_09.html

SÁBATO, Ernesto. *El escritor y sus fantasmas*. Barcelona: Seix Barral, 1991.

SABINES, Jaime. En medio de las risas, en: http://palabravirtual.com/sabines/index.php?ir=ver_poema1.php&idp=28&pid=13490&p=Jaime+Sabines&t=En+medio+de+las+risas...

SANABRIA, Fabián. *¿Profesor?* Bogotá: Taller de edición Rocca, 2013.

SOBEJANO, Gonzalo. Soledad y creación poética, en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/soledad-y-creacin-potica-0/html/021a4f1a-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html

STEINER, George. *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa, 2003.

STORNI, Alfonsina. Oye, yo era como un mar dormido..., en: http://www.ciudadseva.com/textos/poesia/ha/storni/oye_yo_era_como_un_mar_dormido.htm

Teoría de la poesía. La poesía: mito y utopía, en: <http://guarumo.wordpress.com/teoria-de-la-poesia/>

VALÉRY, Paul. *El cementerio marino*. Bogotá: El Ancora, 1993.

VALLEJO, Fernando. *Barba Jacob el mensajero*. Bogotá: Alfaguara, 2008.

VILLAREAL, Nadia. Poemas de amor en tiempos de fuga. Pasto: Universidad de Nariño, 2008. (Trabajo de Grado de Licenciatura en Filosofía y Letras. Inédito.)

WOOLF, Virginia. La estrecha línea entre filosofía y literatura, en: <http://apuntesdelechuza.wordpress.com/2013/09/21/virginia-woolf-filosofia-novelada/>

YANKOVIC NOLA, Bartolomé. Poesía y educación, en: <http://www.educativo.utralca.cl/link.cgi/Editorial/1738>

ZULETA, Estanislao. La educación: un campo de combate. Entrevista con Hernán Suárez. *Revista Educación y Cultura*, FECODE, No. 4. Bogotá, 1985.

ROSTROS Y METAMORFOSIS

*Y si yo te muestro mi lado oscuro,
¿aún me abrazarías
esta noche?*

*Y si yo te abro mi corazón
y te abro mis debilidades
¿qué harías?*

Pink Floyd, “The Final Cut”



Figura 1. Distorsión.

HABITACIONES VACÍAS

*Oh atraviesa los muros; si hace falta camina en el borde
De los techos, de los océanos; cúbrete de luz,
usa la amenaza, usa la plegaria,
pero ven, oh mi fragata, una hora antes de mi muerte.*

Jean Genet. El Condenado a muerte



Figura 2. A solas con nadie...

CONJUROS

¿Confusión va a ser mi epitafio?...
Detrás del telón te ocultas y sé
que no quisieras vestirme con los escalofríos
que astillan mi silencio,
mi duelo furtivo.

Tantas veces te dejé llorando,
en el borde de mis alas nerviosas,
cuando sólo demonios yacían en el lecho
sin darnos cuenta.

Prodigiosa silueta que envenena
a este ángel traidor que,
pálido y polvoriento,
contrasta con esta pesada lápida
que ha enterrado en mis sentidos.

Su afilada voz,
¡decrépita e insolente seducción!

LA NOCHE HARAPIENTA

Los segundos se consumen
en eternos enemigos servidos
en poemas peligrosos;
alientos de otro mundo
se disipan en el reino del temblor.

Siempre he sido
una casa abandonada,
la cárcel nocturna,
harapienta y anónima
que, con su extraña piel,
me cobija en su abandono.

Es aplastante
como la juventud moribunda
que, precipitada cada vez más a las tinieblas,
hinca sus dientes en el pavimento
y deja caer su sombra al suelo
para que una tormenta de azotes
la olvidase en medio de su hoguera eterna...

SÍSTOLE Y DIÁSTOLE

¡Mujer de la alta esfera!
Encendida con extrañas luces
y ennobleciendo las cosas más viles,
nada le dejas a nadie,
ni siquiera una flor.
¿Y tu corazón rojo y loco, tierno y temeroso?

Te necesito más que a un poema,
cual el sudor frío que se derrama
y entra en mis piernas.
Mientras tanto el olvido,
Maldito espejismo.

En mi cuerpo anochece,
Diría la cueva de Gómez Jattin,
descifra el dolor y desnuda
mi cabeza atormentada
con nuestras propias sombras
que, entre quebradizas
y titilantes, vociferan,
y ya tus días han pasado.

SOMBRAS Y PROMESAS

Me he acostumbrado a tener una encarnizada
obra en mis manos y cuchillos poéticos
que me hacen compañía
por si la idea del suicidio
carece de gusto.

Quiebro montañas con la vista,
susurro para darme calor,
conspiro contra el cielo para que me abriera
un nuevo firmamento;
recuerdo a mi estirpe como un pétalo
arrancado con violencia del mejor jardín perfumado.
Una hija que balbucea desde el vientre
y abre todas mis ventanas con acceso al dolor.

Las tumbas del tiempo disparan ráfagas
sobre este cadáver poético,
sobre esta bestia de mil formas.

CENIZAS

El lecho se ha reducido
a un vasto espectro,
ese nido en el que acostabas
tu soledad
hasta que el insomnio
te robará las palabras.

Déjame ahogarme en tus cabellos
que cortan la respiración,
en una balada de veneno
mientras nuestras promesas
agonizan.

Déjame volar
en tus alas dislocadas,
en tus besos luciferinos,
en tus aguas turbias,
en la crucifixión lenta
de esta agonía que me fumo.

PIELES NOCTURNAS

Esta tierra ha muerto,
hiena aún viva y te despeñas
con tus torceduras
en tu loca fiesta de mujer errante,
pues el amor es polvareda
recalada en una tumba de perfumes silenciosos.

Trama hilos de tristeza,
que me sorprendieron,
en el borde de aceras condenadas,
mientras ojos agotados
bebían agua de las alcantarillas
y mis dedos acariciaban voluptuosamente
una fiesta de silenciosas metáforas.

EL BUFÓN DEL CIELO

Amanezco sudando sordidez
y desayuno con un trago de hace tres días
escribiendo poemas amargos
para descubrirme,
por instantes, muerto y atizado
en una balada de abismos.

ESCLAVO CORAZÓN

Las estridencias arden
en este laberinto del olvido.

Jugamos a perder la vida
con palabras centinelas
que astillan esta poesía,
esta ópera de mendigo.

Se arrugan los contornos,
lo siniestro embelesa con cantos y espantos.
La soledad es una mujer
y una jauría que ladra
en calabozos de tristezas inexplicables.

Afloran los negros jardines
carcomidos por cuervos nocturnos.
Los párpados cierran su bóveda del mal
y viajan hacia incontrolables aromas
que, cual un festín del desarraigo,
nos dejan perplejos y desnudos
en cumbres de terror.

El dolor es un vendaval
que estalla silenciosamente
sobre este espíritu ciego y humillado.
Enajenado actor de tu pieza teatral,
eres la herida del mundo.

¿Cómo se mueren los vientos,
cómo se diluye el rostro,
en un pantanal de aroma de olvido?

¿A quién amar ahora?
¿A quién entregarle mis delirios
para que los aplaste con su tortuoso amor?

LA BALADA CON EL ENEMIGO

A la orilla de la oscuridad,
laten los ladridos de fantasmas
que cual dardos
penetran el último residuo del aliento.

El fragor del deseo es solo uno:
desaparecer, desaparecer y desaparecer.

Una bebida,
un viaje incita a extravíos
y a extravagantes besos,
a inocencias que se fingen con voracidad.

Hago un cielo
y un infierno en mi mano,
arranco una flor
para que nadie la tomase.

La hoja de papel yace en mi lecho:
sin darnos cuenta,
persigue enfermos gestos
que laceran la esperanza.

Todo se tiñe de pantano,
con cada poema la soledad se suicida
en cada flanco de mi cuerpo
que se esfuma.

LA ÓPERA DE LAS MENDICIDADES

No sé si he muerto
y son sólo sombras o sonidos
los que expande el infierno.

¡El poeta arde y su fosa esculpe!
Bestia multiforme,
has nacido siendo intriga,
bello desacomodo de la realidad!

Ecos, ecos provenientes tras la cólera,
se siente el hálito nauseabundo de la muerte
descarada y callada que nos arranca
exquisitas herejías y paradísacos vicios,
y hostiga a los espíritus celestes.

Poema sin autor,
rasgo pernicioso y cándida cadena
que entra cual puñalada de falsías
y nos tira al suelo.
Si no fuera por ti,
mi cadáver dormiría en una cuna del recuerdo.

El encanto de una mirada enlutada
se viste cual un huérfano que,
pleno de martirio,
hurta en la ciudad
amores indomables.

FRAGMENTOS DE UN NOCTÁMBULO

*Locura es estar ausente,
Humo es todo lo que queda
de mí en la página que no hay,
cae al suelo mi figura
y libre de mí se mueve
el papel de pura ausencia.*

Leopoldo María Panero



Figura 3. Aullidos de medianoche

EXTRAÑOS TESOROS PERDIDOS

La pesadilla me ha prestado su pluma
para ser un espejo todos los días, sucio y enmarañado.

Soy el gesto de todos al mismo tiempo
y al explotar como estrellas apagadas vibro,
puedo quemar el cielo con mis faltas
y deporto mis alas al infierno.

¿Para qué ascender
a las alturas de la bóveda soberbia?

Sí, somos los hombres,
respecto al amor,
una mala copia
de los ángeles.

SILUETAS

No sabemos
por qué las nubes se han quemado.
alguna vez me planté
como un majestuoso árbol
en el que ahora hierven
las hojas crudas
en múltiples instantes de mala suerte.

PERVERSA Y BICÉFALA

Encendida, eras una luciérnaga
movediza, y tu boca
una ola que palpita por saltar,
por vivir.

Admiro tu recinto, tu lenguaje
Salpicado de flores negras...
Tus cabellos rebeldes y flexibles
patinan en el frío cuchillo
del viento nocturno
mientras te desvistes
con una gala de hipocresía
y, resuelta a diluirte
en copas de carcajadas,
te muestras a mis pélvicos besos.

Sin dejar caer otra vez
una granizada de golpes
en mi sonrisa escueta,
somos raptores de esta noche replegada
de horas y miradas sin fin,
sin horarios ni escapularios.

Te robé dos segundos que parecían
el parpadeo de un búho
en medio de mi alabanza hambrienta
recortada por locos y bestiales besos
salidos de un ataúd
y desfallecidos en tu perezosa crueldad.

Ahí estabas
con balas de rareza
dispuestas a besarme el cuello,
y yo, con ráfagas de esclavo sumiso,
posé mi epiléptica y convulsiva alma
en fangosa orilla.

Luego, y sin apremio del día,
éramos un auténtico desatino,
un hervidero de almas...

LOCA Y BELLA

Se enredan las raíces de tu cabello
en mi lengua descreída y ahora tu rostro,
como la mejor ruina de una melancolía seductora,
exaltada en el choque de dos espantos
deformados e incendiados en extrema soledad,
en un abismo insalvable,
llega a una ciega travesura,
a tu ensordecedor silencio.

Estás dormida, te contemplo
y ahora desde el más allá tus senos me hablan,
tu belleza muerta delira.

EL DELIRIO DE LAS FLORES

Eres pétalo viviente
oculto bajo la almohada,
única y soberana dueña
de esa roja y escandalosa boca
siempre dada a trizar las llamas
que forjan y engalanan los deseos.

Hazme un rincón de ficción
para quedarme a tu lado;
después disecarás mi sobriedad
y te dibujaré un collar de víboras
en tu neblinosa piel,
etérea, irrecapturable y loca.

Busquemos un espejo roto
para mirar la desesperación y la culpa
de nuestro tormentoso edén.

CADENAS INVISIBLES

¡Acaso hay mejor manera de sentir
el humo de nuestra flaqueza!

¿Estoy acaso ebrio en cielos lejanos
e incito a nuevas tormentas?

Aquí los días son oscuros
trozos de corazones en un suelo
en el que sólo se proyectan sombras de sujetos
que persiguen su drama
o, quizás, monologo eternamente
con los fantasmas que ladran
sus vehemencias reprimidas.

Esta noche enferma y amenazante,
que se deja llevar por el sueño
y corre para no ser atrapada
por el vasto cielo,
abre las nubes para anunciarnos:
es demasiado tarde para ser un ángel...

EL PASADO EN UNA BOTELLA

Esta habitación se precipita
hacia un paraíso perdido.
Vivo y me evaporo,
flagelo mi rostro destrozado,
salto muralla tras muralla
y, al final del día, nada somos.

Este roto paisaje se ríe sin medida
de un ser bufonesco y melancólico
arrojado a un loco y tenebroso
torrente de lágrimas.

La tempestad ha fraguado ríos poéticos,
el inmenso rugido de la ausencia
es una obra que hierve, una muerte anticipada.

El caos acumula abismos
y excita caer en gestos infinitos,
en caricias disecadas,
en quemaduras de nicotina
en tu gélida faz,
en besos que ahora son humo
de humosos retratos...

Ahora brindo por el olvido,
insensato y tembloroso,
brindo por esta travesura
que nadie va a quitarme,
por el cínico abandono
de la ternura esta mañana,
por la bestia que se teje
en ésta fiebre de palabras,
el torpe amor que engalana
ésta casa abandonada.

Brindo por la pésima huella
que me hunde en su letargo,
el tiempo que se pierde,
aquél que ya no vuelve
pero me sigue hablando...

VOLUPTUOSA AGONÍA

Puedo ser el aire venenoso
que se filtra en los resquicios de tu piel.

Agito, agito, agito demonios
para dispararlos al pasado.

Amo la verdad y la mentira,
excito las crédulas miradas
para emplumarlas con delicias nocturnas.

Hablo con tus cálidos senderos
que sanaban la virulencia del futuro.

Tú, silueta perdida de la noche,
callejón sin salida, sol gozoso sin palabras,
tachadura que cae en la zozobra.

EL ESPEJO DE LA CULPA

Me acojo a ésta justa soledad
que tiene nombre,
a esta enferma melodía
que siempre canta
y ondula
vana, inútil, en un poema olvidado
en los rincones de tus iras insensatas.

Ahora me seduce la melancolía,
enloquezco y asesino retratos
que cuelgan de la habitación vacía.
Me evaporo fragoroso
en la nave de la nada,
en el viaje sin retorno,
en un barco a la deriva...

Accedo poco a poco
a la honda tierra del silencio,
ahí donde el desierto,
todo lo infesta...

CIUDAD QUE RUGE

Sin miramientos,
vas a envejecer en cualquier sitio,
cortarás las flores de enero,
y marchitaras tu propio jardín.

La ciudad le cierra las puertas
a los desesperados,
dijo Andrés Caicedo.

Fumas y fumas sin parar,
abres las ventanas,
y observas infinito en todos lados,
sendas espinosas sólo hay en tu fangal.

Las puertas de la percepción,
de William Blake,
son ondas de ultratumba;
caminas sin parar,
perfilas un desfile hacia el destierro
en estas tonadas de exiliado.

RETRATOS

*"¿En qué lugar, en dónde, a qué deshoras
me dirás que te amo? Esto es urgente
porque la eternidad se nos acaba..."*

Jaime Sabines



Figura 4. Entiérrame en la arena

STRIPTEASE

Acercaste la pierna a mi mano
para enmudecerme y amarte.

Tengo aún el fuego
en el que caminamos,
pero las palabras se olvidaron
y cambiaron por cenizas
donde duermo ahora.

Cuéntame de tu poder, mujer,
¿por qué destrozaste los besos?
¿por qué despintaste la faz rota?
Vístete ya,
mueve tus verdes ojos
y dirígelos en todas direcciones.

Aunque es dulce y amarga
la espuma del mar,
apriétame en el oleaje de tus pasos
y haz que la ceguera de tus labios
bese los excesos
de nuestra historia de horror.

DIFUSAS PALABRAS

Logro hacerme daño
con el cómplice de muchos asesinatos,
el tiempo,
pero me detengo ante el sofisma de una serpiente...

Llevo en mis pies descalzos
la fechoría de Caín,
por cierto,
auténtica, crudamente voluptuosa.

¿Fue, acaso, la pérdida del jardín
la entrada al imperio de la falta?
¿el abandono de una génesis hecha de barro?
¿la imagen de un mundo hecho a semejanza
de la flaqueza y el escándalo?

MONÓLOGOS DE UN FANTASMA

Acércate,
aquí tiembla el mundo,
un pensamiento fugaz.

¿Estoy muriendo, esto me va a matar?

Por la ventana se filtra
un resplandor anaranjado,
luego la oscuridad
para arder y sólo eso.

Se está así por mucho tiempo,
mucho tiempo en la hondura
y amargura de este verso
que se afianza en la arista del desastre.

EL PERFECTO TRAIADOR

Como sube la marea
y cada vez siento una carencia
que corroe laberintos,
¿qué es amar,
sino penetrar en las olas
y confundirse en ellas?...

Derramo las criptas perfumadas
que suelen revestir a los amantes
que después caen, sueñan, mueren...

Deslizo mi mano sobre el papel en blanco
con la eternidad que requiere
el palpitar del corazón.

Sin motivos ni dulzuras,
vengo a evocar tu nombre,
tu rostro difuso
en la magnificencia indiferente del pasado
que me corta, me ultraja,
y por el que brindo ahora...

La aplastante boca desaparece
dejando intriga y miedo
en este manicomio,
en esta soledad sin nombre.

MI FOSA

Una mujer se había investido
vientre muerto,
era una estancia cadavérica
que moraba todas las noches
y no ha dejado sino más grietas
y ataúdes engalanados con flores extrañas,
similares a la encendida mirada de un cuervo.

Existe ese misterio de la ausencia
que en un ventarrón ha arrancado
todos mis pálidos latidos

TELARAÑAS

Titubeo y babeo
con una perfecta vocación
de salto al vacío
para dar rienda suelta
a una antropofagia nocturna
que transa conmigo
las más extravagantes galas
y cirugías demoniacas
que palpitan
y traban los sueños
de miles de aullidos amorosos
que sangran.

ADORNANDO TUMBAS

¡Oh, el amor!

Fiesta de bestias ciegas
que apuñalan la senda
de estrambóticas piernas
que gustan la pericia del tacto
que, con frenética beatitud,
rocía su aroma de muerto rancio
que se derrama con angustia
sobre un cadáver preludiado.

EN LA DULZURA DE UNA CELDA

Todas las telúricas sensaciones
venían de trombas de perfumes de mujeres,
la fragancia virginal de mis hermanas
se confundía con el refinado aroma de mi madre
y las majaderías grotescas de mi padre
que ardía en el licor diario.

El nauseabundo aroma del pasado,
del paraíso perdido convertido en cenizas,
se desangra en un álbum
de absurdas fotografías,
danzarinas y ya incomprensibles.

Salgo a la calle para entregarme
a los recónditos suburbios del alma.
La piel nocturna se envuelve en crueles carnavales
y en parodias de seres fragmentados y de huérfanos;
los gritos se abren paso,
la familia se aliena en candorosos llantos
mientras balbuceos desnudos
de mis quimeras
penetran en las estrellas que se ocultan
tras el vago delirio
de ésta ciudad ramera...

LA PERFUMADA CRIPTA DE LA NOCHE

Me agoto amando y admiro a quien ama
mantenido en cismas de lúbricos rituales
que lo sustentan portentoso y cabrío,
mas espectral y solitario...

Me buscaba en un juego, donde era otros...
Ayer paseé por tu cintura, era hombre y mujer,
era el viento de tus caricias, los murmullos, los rumores,
tus excitaciones, las procacidades, las palabras que decían...

No sé cuál era el centro de mi atracción, la música,
la complicidad, el cataclismo del mundo que cabía
en una botella de licor.

Iba del orto al ocaso, inyectado por un letal espejismo,
una ebriedad que explotaba, seducía,
flagelaba a cada paso cual una estrella fugaz,
bella mientras desaparece...

Las luciérnagas brillaban demencialmente
en las sombras de una calle desolada,
pero todo era uno y lo mismo, sólo fragmentación.

Hombres y mujeres fragmentados, su felicidad rota
Y su destino roto, según la vil sentencia de Bukowski.

DESIERTO

Solo quiero recordarte en las mañanas,
entre cada regodeo, cada telaraña de aliento
que se enreda en tus labios
que, con la invención de nuevas causas
y ondas misteriosas,
suplantaban la beata placidez por el humor salvaje.

Nuestro deseo siempre fue cual una risa
al burlarnos del mundo y quitarnos la ropa.

Cuánta fiebre cuando te fuiste,
cuántas melodías tóxicas
en el verso que nunca se olvida.

Tus huesos se quedaron sepultados en mis sábanas,
fervientes de futuro, de caricias, de bienvenidas.

Eres ese ínfimo suspiro mórbido y celeste,
inalcanzable a la vista,
el chasquido en la pierna que no se oye,
el encaje de mis abrazos
esmaltados en hilos de seducción corrupta.

Al irte de mi música, dejaste el techo destrozado,
consumiste la boca del halago y la copa del jolgorio,
y me brindaste una letal copa
para siempre.

DESTINO HUÉRFANO

Aprendo a correr electrizado
por los fríos labios que me brindan
una tormenta de extravío y desvanecen
promesas baldías sobre este cuerpo
transformado en una famélica pocilga;
ruedo a la caída de la brisa que envuelve
mil fiebres a la vez.

Encendí un cigarro que iluminó dos fosas,
dos senos sin dueño
y, al lanzarlo, me consumí
en una hoguera de nervios,
quemé mis manos,
mis huesos, el opio, los sueños
en tu sagaz hipocresía...

SONRISAS SUBTERRÁNEAS

La almohada jadea nombres sin retorno
que se laceran en el techo y claman
por una botella, un resbalón, un error sin disimulo.

¡¡¡Cuando ella me amaba, se entregaba
a un harapo infeliz, a una medrosa sombra
hecha voz de callejón, melancólica atracción!!!

Belleza enferma con aromas de anís
y de fatalidad sincera
que recibe al reflejo de indignados
que transan un baile sin ritmo, sin latidos.

Será mejor una adicción orgiástica
de la cabeza a los pies.

EL JARDÍN DEL ÉXTASIS

Grandes aposentos
patinan en este extraño funeral
que es rapiña de un beso convocado
por un infernal aperitivo
en la más fatigosa prueba de excitación pública.

Nos empinamos
en una habitación de luz rojiza
y devoramos tus pestañas enormes
y derruidas por el caduco fango del placer.

TIEMPOS DE EXILIO

*(...) Vagarás por las mismas calles.
Y en los mismos barrios te harás viejo
y en estas mismas casas encanecerás.
Siempre llegarás a esta ciudad.
Para otro lugar - no esperes -
no hay barco para ti, no hay camino.
Así como tu vida la arruinaste aquí
en este rincón pequeño,
en toda tierra la destruiste.*

Constantino Cavafis, La Ciudad



Figura 5. Construyendo un epitafio

EXTRANJERO RAPAZ

Ahí donde llego, la tierra se hunde conmigo.
Las flores se marchitan y la espesa lluvia cae
cual una granizada de golpes
causantes de heridas multiformes
que, con su odio, relampaguean
y ríen de nostalgia.

Apago esta noche, cual si fuese una vela,
mientras centellea la soledad indigna
que transforma mis palabras en carroña,
una botella inacabable
que embriaga el tiempo.

Descubro que esta noche cierro los ojos
y duermo para desaparecer el mundo.
El éxtasis y el espectáculo se desangran
cual pétalos hirvientes
que rozan el tronco de los árboles
y sus sombras tiemblan cuando van hacia el suelo.

MI HOGUERA

No tienes senda que lleve al naufragio,
ni siquiera un árbol donde descansar.

Tu barco a la deriva, el mar desaparece
y es una canción que suena para ti
en cada instante de tu asombro...

La felicidad recorre un torrente explosivo,
una esencia mezquina que me hace callar.
Luego, prefiero recordarte más allá de tu sombra,
pero la memoria me violenta, me araña,
me golpea con tanta esplendidez
que el viento sobre mí y el infierno bajo todo
reanima melodías febriles
que, acosadas por el olvido,
devastan todo lo que respira.

INSOMNIO PARA SIEMPRE

Si desapareciera tu esperanza en la vida,
las palabras serían reclusorios
que te sumergen en un ático.

Hombre de poca fe,
eres el mejor amigo de los abismos,
el adecuado ritmo de la discordia,
la figura disonante de la perfidia
y la deslealtad.

Ahora los vientos,
arrastran papeles inútiles,
poemas amargos,
alientos peligrosos de una ciudad
que se manosea en su propia ruina...
Escribo en aires de otro mundo...
Las sombras me llevan,
todo se repliega en el ancho universo
de las llamas

LA CRUCIFIXIÓN

Cada página de este libro
es cuchillada obstinada,
voces contaminadas de salmearías que,
entre página y página,
entre sorbos de vértigo,
inclinan el movimiento de su aliento
sobre mi desusada energía.

Horda salvaje,
insomnio que relame sus labios
como un animal,
húmedo brillo que derrama
éxtasis repulsivo sobre mi cráneo lúgubre,
sonrisa coqueta y rival,
eres cavadora de tumbas,
la madre de los parias maldecidos.

Amante, loca y moribunda
enseñas a mezclar la miseria
y el paraíso de un gusano.
Eres el culto de los ahorcados.

Es tu familia enloquecida
una colmena,
el ruido perdido hecho sordera,
un epitafio que en cada penumbra
se posterga.

CONDENADO A VIVIR

Necesito arder
y dejar que me veas con deleite,
pero sólo me guían las estrellas de Judas,
esas luces trémulas
que al revés del firmamento iluminan.

Sólo la pesadilla me presta su pluma,
con la que venero fuentes insondables.

Somos olas del mar, impenetrables
y sin origen.

Pero es cierto que somos polvo y arena,
donde el silencio escénico de los besos
semeja una húmeda caverna.

EL SILENCIO DE UNA PERORATA

Hagamos más nuestro el cielo...
Seamos estrellas y exploremos.

Deseo comprimir el viento y volver a sentir tus rubores,
respirar tu mismo airee inventar un lenguaje
que nadie conociese, con el que, con los ojos cerrados,
te reconociera entre una multitud de mujeres.

Así, ahora debo llegar a una habitación
donde los cuadros se derriten de ausencia
y, con sus ecos, los rostros de los álbumes
se sepultan en mi corazón, que pesa como una lápida.

La sonora desdicha de un poeta deslenguado
se anuncia en cada esquina de la calle virulenta
donde encanece cada palabra
manifiesta en el plano alumbrado
que busca y devora soledades que se suicidan a cada paso,
a cada gesto, a cada caricia desbocada, cada promesa rota,
en todos los tiempos posibles
del pasado que destroza los huesos,
por su abrazo sin retorno,
por su almohada fría...

DERRAMES DE POBREZA

Hemos nacido siendo los reyes de una cueva,
el mejor pantano en el que recalca el miedo de sombras
que lloran y ríen en el asilo de esta vida.

La intimidad se desliza fríamente
y cortante pasa esta sequía hasta maniatar
esta voluntad que tengo de mendigo.

El abrigo es cada vez más polvoriento,
y qué decir de nuestros besos, esos juglares estallidos
tan dulces y perversos que nos hacían perder hasta el nombre...

¡Oh, poeta!
Eres el solitario, el canalla,
abominación sin nombre, bestia sin origen,
dulce claustro que invoca y engrandece tus sombras
Que, con su insolente quimera, posterga el fin de tus años
para hacerlos más oprobiosos, más condenables a los ojos
de la fosa que excavas con tu propio trazo...

LA SILLA ELÉCTRICA

Mis ojos están cubiertos de telarañas
y mi cuerpo exhala recuerdos juguetones y abyectos.
Podemos sucumbir al fuego
y abrir ventanas desconocidas en las páginas de libros
que indagan en el vértigo.

El rostro se deforma en aguas turbias,
nuestras alas se dislocan pues su acceso a las nubes
ha sido deportado.

Llegas todavía cuando mi voz quebrada
tiene tono de callejón,
los perros lanzan ladridos de miseria,
manoseas una vida de andrajos,
saltas de un hueco a otro y quedas atrapado
en un espejo que no te descifra y corta tu aliento
para dejarte impregnado de pantomimas y fracasos.

Hombre-payaso, eres vertiente muda
en el espejo que te culpa.
Hombre-miedo de la amenaza profunda,
cataclismo de alelamiento
que sin palabra alguna,
espantas tu propio destino...

A SOLAS SIN MÍ

Este sabor a olvido me brinda una copa de amargura
y los libros están durante un lapso melancólicos y cerrados,
las copas vacías y la felicidad sigue esperando...

Los cigarrillos son ya pocos, el agua del grifo
refresca un tanto más la sequía de mi voz.
Los devaneos diarios venden mi nombre
a un aposento de metáforas excitadas.

Un filtro de luz para tragarlo y llevarlo cual flama
a un poema que diluyese el tiempo.

Que alguien llegase a saciar mis azotes,
que un hombre, o una mujer, es igual,
acompañase esta fiesta de mala suerte,
este destino traidor, esta pálida orgía de libros,
sentados por doquier...

Hace falta, muchas veces,
traspasar los mares, pisar otra arena,
hundirse en ella, contornear las pesadillas.

AMORÍOS DE JUNIO

Unos ojos alucinados y alucinantes
quieren amar sin ángeles ni demonios a la vista
para comer fresas desnudas y gozar de un segundo paraíso,
de otra condena...

Tu boca espanta al coro de allá arriba
y le dispara una ráfaga de sensualidad.
Luego, creamos un cielo de los dos,
tan distante y destinado
que nos excita con falsías, con palabras,
con mezquindades tan nuestras.

Te siento el aire, eres mi escándalo,
mi júbilo, el justo precio de todas las cosas
que crucifican la beatitud;
eres mi desorden, el inusitado asomo de la madrugada,
la presencia del perfume y del puñal indisolubles.

Hago una fiesta en tus caderas delirantes
y veo por la ventana que la gente ha dejado de existir,
que la nostalgia y el placer son un gabinete subterráneo
que sólo lo puede controlar lo incontrolable.

Este torbellino explota cuando dejemos de ser palabras
y quedemos astillados en el silencio.

Por fin, podemos caer de rodillas ante el poema,
ante el cadáver que erosiona un extraño purgatorio.

EL LABERINTO DE TU CUERPO

¿Escuchas el revuelo de ángeles
Que truenan sus dorados relámpagos?
¿De dónde viene esa trampa, esa seducción,
existe el aroma celestial?...

Tu malicia atraviesa llanuras,
tu perspicacia tiene alas de cóndor...

Ahora, debes engalanarme de furia,
tú, que eres una refriega burlesca,
mujer de la peor ralea,
incitación a un nido en llamas.

SORBO DE DOLOR

Espectros fantasmales se advierten en el espejo,
¡espejo de maravillas!

Dame tu veneno, tus puñaladas,
tus melancolías que bebo cuando hundo mi rostro
en tus dúctiles cabellos.

A esa mujer que actúa con los ojos
y la punta de sus labios.
Nunca le regalé el oleaje de mi pelo
para que se ahogara en él
y sintiera dónde se desvanece la palabra.

Me acuesto en mi lecho bañado en insomnio
Y con cáusticos soliloquios renuevo los sueños
de dulces pesadillas...